

**EL CUERPO HUMANO SENSIBLE EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE
DAVID HUME: UNA DECLARACIÓN DE LA IMPORTANCIA DE LOS
ÓRGANOS SENSIBLES EN LA DISPOSICIÓN FILOSÓFICA**

ARMANDO TÉLLEZ VILLAMIZAR

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
BUCARAMANGA**

2015

**EL CUERPO HUMANO SENSIBLE EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE
DAVID HUME: UNA DECLARACIÓN DE LA IMPORTANCIA DE LOS
ÓRGANOS SENSIBLES EN LA DISPOSICIÓN FILOSÓFICA.**

ARMANDO TÉLLEZ VILLAMIZAR

**Proyecto de grado para optar al título
de Filósofo**

Director

**PEDRO ANTONIO GARCÍA OBANDO
MAGISTER EN LINGÜÍSTICA**

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
BUCARAMANGA**

2015

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCION	8
CAPÍTULO I.....	19
CAPITULO II	46
CAPITULO III	68
CAPITULO IV.....	91
CAPITULO V CONCLUSION	117
BIBLIOGRAFÍA.....	121

RESUMEN

TITULO: EL CUERPO HUMANO SENSIBLE EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DAVID HUME: UNA DECLARACIÓN DEL LA IMPORTANCIA DE LOS ÓRGANOS SENSIBLES EN LA DISPOSICIÓN FILOSÓFICA*

AUTOR: ARMANDO TÉLLEZ VILLAMIZAR**

PALABRAS CLAVES: Naturaleza, Cuerpo Humano, Sensación, Percepción, Impresión, Idea, Cualidad, Conocimiento, Experiencia, Costumbre, Creencia, Causalidad.

DESCIPCION:

La Naturaleza es parte fundamental en el discurso filosófico de David Hume. La naturaleza elemental, junto con el cuerpo humano sensible, se integran en la concepción del conocimiento. El cuerpo humano sensible es un complejo órgano que básicamente percibe. Las percepciones que afectan al cuerpo sensible son las impresiones y las ideas. No hay ideas sin impresiones, es decir, las ideas son las sensaciones o son las impresiones de reflexión (pasiones, deseos). Las impresiones nos representan diferentes grados de cualidad y cantidad de un objeto. Y se diferencian de las ideas en que éstas son tenues y débiles, según su original, vívido y fuerte, de la impresión primera.

Las ideas de la memoria y la imaginación son posibles concebirlas según las impresiones o sensaciones del cuerpo humano. La facultad de la memoria es indispensable en el proceso de la experiencia, como la facultad de la imaginación es indispensable para la asociación o conexión de las ideas en el pensamiento. Semejanza, Contigüidad en tiempo y lugar, y Causalidad son los modos o percepciones sensibles por los cuales enlazamos nuestras ideas. La causalidad es la relación natural por la cual obtenemos el conocimiento y se distingue por ser una fuerte sensación mental o costumbre determinada por la creencia que nos lleva a concebir la causa y el efecto como una idea de conexión necesaria producida por la mente y no por los objetos.

Entre tanto, la salud que posibilita la existencia de cualquier organismo vivo; la insostenibilidad del yo como individuo perpetuo al cual afectan continuamente las variadas percepciones; y la filosofía escéptica o académica que interviene favorablemente en el ámbito filosófico son los distintos sentimientos que procuraron esta tesis.

*Tesis De Grado

**Faculta De Humanidades. Escuela De Filosofía. Director. Pedro Garcia Obando

ABSTRACT

TITLE: THE SENSITIVE HUMAN BODY IN THE PHILOSOPHICAL THOUGHT OF DAVID HUME: A STATEMENT OF THE IMPORTANCE OF SENSITIVE BODIES IN THE PHILOSOPHICAL DISPOSITION.

AUTHOR: ARMANDO TÉLLEZ VILLAMIZAR

KEYWORDS: Nature, Human Body, Feeling, Perception, Impression, Idea, Quality, Knowledge, Experience, Habit, Belief, Causality.

DESCRIPTION:

Nature is a fundamental part in philosophical discourse of David Hume. The elemental nature, with the sensitive human body, are integrated into the conception of knowledge. The sensitive human body is a complex organ which function basically perceives. Perceptions that affect the sensitive body are impressions and ideas. There are no ideas without impressions, this means, ideas are the sensations or impressions of reflection (passions, desires). The impressions represent us different stages of quality and quantity of an object. And they differ from the ideas because these are faint and weak, according to its original, vivid and strong first impression.

The ideas from memory and imagination are possible conceive as impressions or feelings of the human body. The power of memory is indispensable in the process of experience as the faculty of imagination is indispensable for the association or connection of ideas in thought. Similarity, contiguity in time and place, and causality are sensitive perceptions or modes by which we link our ideas. Causality is the natural relationship by which we obtain knowledge and the distinction of being a strong mental feeling or custom determined by the belief that leads us to conceive of cause and effect as a necessary connection idea produced by the mind and not by the objects.

Meanwhile, the health that allows the existence of any living organism; the unsustainability of the individual self as perpetual which continuously affect the various perceptions; and academic philosophy skeptical or positively involved in the philosophical are the different feelings that tried this thesis.

*Thesis The Degree

** Faculty of Humanities. School of Philosophy. Director. Pedro Garcia Obando

INTRODUCCION

La siguiente propuesta para una posible tesis de filosofía se basa en el intento de querer mostrar la importancia del cuerpo humano sensible en el pensamiento filosófico de David Hume. El esquema que a continuación presento mantendrá, en lo posible, el orden de las diferentes partes de su primer libro TRATADO DE LA NATURALEZA HUMANA (1739) como también tendrá en cuenta, en lo posible, las distintas secciones de su inmediato libro INVESTIGACIONES SOBRE EL ENTENDIMIENTO HUMANO (1748). Los dos libros, aunque separables, mantienen el vivo interés del filósofo por los agudos problemas de la filosofía en donde el cuerpo humano interviene favorable y formidablemente en la apreciación de los mismos.

A continuación presento los capítulos a tener en cuenta en la conformación de la presente tesis:

1. Prioridad de la naturaleza del cuerpo humano sensible respecto de la naturaleza de las percepciones de la mente humana.
2. Consideraciones de los sentidos de los órganos de la vista y el tacto en la concepción de las ideas de espacio y tiempo.
3. De la vital importancia de los sentidos del cuerpo orgánico sensible para los sentimientos de la mente que provocan la idea de la creencia.
4. Prevalencia de la salud del cuerpo humano (como propiedad primaria para la admisión de las percepciones de la mente y el hacer filosófico); Insostenibilidad del yo como sustancia de la persona o individuo; el escepticismo académico.

La naturaleza del pensamiento filosófico de David Hume se encuentra intrínsecamente relacionada con el Cuerpo Humano. La naturaleza del cuerpo humano con sus respectivos órganos sensibles y facultades, junto con la

naturaleza del pensamiento humano y la conciencia del mismo, se hallan en estrecho vínculo sensible en el decurso teórico de su filosofía.

Para sustentar nuestra idea nos atenderemos a sus dos obras de filosofía como lo son el Tratado de la Naturaleza Humana y las Investigaciones del Entendimiento Humano idea cuyo examen, alentada por las citadas obras, intentará promover el desarrollo de la presente tesis que fundamentalmente expondrá la renovada o explícita importancia del cuerpo humano sensible en la filosofía de David Hume: una declaración de la importancia de los órganos sensibles en la disposición filosófica.

Nuestro sentir sobre el cuerpo humano se acercara prontamente a aquellos enunciados de las distintas obras que corroboran explícitamente la íntima participación del cuerpo humano u órgano sensible en los diferentes argumentos de carácter filosófico o que suscitan las inquietudes del mismo ámbito que atañen e incumben al cuerpo sensible por el cual se abordan los prolijos problemas del cosmos filosófico de David Hume.

Hasta el pensamiento de Hume la Filosofía Clásica presenta un aspecto bastante comprometido con la facundia abstrusa cuyo espectro se revela en la quirúrgica del lenguaje metafísico al cual se abocan y refugian los dominantes prototipos del hacer filosófico. Hume comprende sobremanera el producto del pensamiento de la Filosofía Antigua para intervenir pletóricamente en la composición del producto mental de la Filosofía Moderna, y repercutir en otras. No negaremos que el mismo Hume emplea el método de abstraer para hacer uso de la metafísica, pues se implica en el pensamiento y la escritura, pero tampoco negaremos que sus discreciones verbales para construir sus básicas teorías filosóficas no redundan en la brea abstrusa porque precisamente, a pesar de ser un eximio interprete del Griego y del Latín Antiguos, se decidió por un vocabulario liviano y saludable a la misma literatura intelectual, de uso urbano y común, cuyas palabras suenan y

resuenan a diario en todos los posibles lenguajes del mismo modo que el cuerpo siente. De hecho, las palabras están comprometidas, o íntimamente asociadas, con la sensación; no podemos abstraer palabras que no puedan ser sentidas o sensaciones que no puedan ser expresadas verbalmente, es decir, las palabras que empleamos en filosofía deben ajustarse a sensaciones, de ahí que la filosofía de Hume emplee para su comprensión y difusión palabras tan normales como las sensaciones o sentimientos. Podemos considerar seriamente que sentir es primero que hablar, los párvulos lo saben muy bien por las sensaciones del cuerpo, es claro, no por el lenguaje, y esto es elemental en la filosofía de David Hume. Empero, no estamos tratando de un problema de lenguaje corporal, no; antes bien, se trata del cuerpo humano como estricto órgano que produce sensaciones y del lenguaje como un correlato de tales sensaciones. Esa es la sensata dinámica. Sentir es primero que hablar, o mejor dicho, se habla o comenta de sensaciones o de lo sentido. Todos podemos sentir y hablar o comentar nuestras sensaciones como es regular o habitual, pero transcribir las sensaciones del cuerpo y los sentimientos de la mente, que brotan naturalmente del cuerpo humano, para luego ajustarlas a un método de escritura filosófica que prolongue y culmine en la naturaleza del conocimiento y el entendimiento humano, requiere de un profundo y esmerado análisis, además del riesgo del menosprecio por fútil. Sentir es la mejor y más sentida palabra en la filosofía de Hume de cuyo comentario se desprende, tal vez, la complejidad de su vital pensamiento. Diré también que las palabras elegidas por Hume para conformar su lenguaje aplicado a la teoría filosófica, sin ser brazo de pulso metafísico, de carácter sencillo y popular, fija la presunción de la doctrina científica expuesta en su coherente engranaje que busca hacer de los hombres, pues ve en ello un método adelantado de corrección y dirección de los sentimientos humanos, sujetos con suficiencia sensible capaces de conformar vastas comunidades civilizadas, (recordemos que la época de Hume atraviesa un auge de cambio) sin más, es un vocabulario profusamente natural que no recurre a extraordinarios vocablos definitivos y que hacen de Hume un pensador propio dado lo delicado de su espíritu presente en la

vitalidad de sus ideas y lo legible de su filosofía. Hume opta por un lenguaje práctico conveniente a situaciones terrestres que hacen del filósofo un hombre de cultura abierta y apertura a la tolerancia: “El carácter más perfecto pareciera estar entre estos dos extremos; detentaría igual capacidad y gusto por los libros, la compañía y los negocios; preservaría en la conversación aquel discernimiento y delicadeza propios de la erudición y en los negocios aquella honestidad y precisión que resultan naturalmente de una correcta filosofía.”¹ Hume no concibe algo así como un filósofo separado de los hombres por sus lucubraciones, concibe hombres cuyo pensamiento surge de una cualidad de nervio humano. La filosofía es un discurso prolijo, elaborado, de alta imaginación, no un hombre, y acaso tales discursos o imaginaciones se dilatan y abran paso entre los hombres. Diremos que la Naturaleza es perenne protagonista en la filosofía de David Hume. De la Naturaleza se origina y a ella se adhiere el método o sistema de su filosofía. La Naturaleza de las leyes Naturales es condicional, los efectos que de ella surgen son inevitables y sin posibilidad de restricción porque influyen considerablemente sobre y en los cuerpos sensibles y los sentimientos derivados de la sensibilidad del cuerpo humano, como también afecta los objetos y cuanto cosa pueda modificar y afectar naturalmente; de modo que la atenta observación de sus elementales acontecimientos advierte y repercute sobre el conocimiento humano y su modo de conocer hasta donde lo permita la Naturaleza junto con las leyes naturales y la misma naturaleza del cuerpo humano que sufre las naturales restricciones dado el límite de los sentidos y la magnitud de los sentimientos, o mejor dicho, lo que sea que desee la Naturaleza sobre los sentidos. No es una barrera o pared la presencia de la Naturaleza en los asuntos humanos y su radical intervención en el conocimiento humano, es para el pensamiento de Hume un antemural de su filosofía; sucede que el hombre no puede obviar y rebasar azarosamente lo decretado por Natura porque es la Naturaleza la gran orientadora tanto en la vida como en el conocimiento. Muchos de los aspectos

¹ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 14

humanos inician con la Naturaleza. La experiencia de la humanidad deriva de ella, es una cuestión Natural, es decir, una cuestión de hecho, porque es el más básico modo de mantener al hombre informado de su poderosa influencia con los pies sobre la tierra. Los ocultos poderes de la secreta Naturaleza, desconocidos por entero por los sentidos del cuerpo humano y la mente humana, naturalmente limitados por la Naturaleza, nada pueden saber o informarse o descubrir más allá de lo recolectado por los órganos sensibles que producen las impresiones naturalmente. (Nada ni nadie develara o controlara sus poderosos secretos, prevalecerá la naturaleza de las cosas terrestres por encima de las abstracciones humanas.) Naturalmente la experiencia predispone a los hombres para la producción de conocimiento, o mejor dicho, el conocimiento es producto de la experiencia transmitida por los eventos naturales y recolectada por las facultades, pero con todo, no podemos definir la naturaleza del cuerpo humano, precisamente por la misma experiencia, pues los sentidos y facultades descubren, o nos informan, por experiencia, que es imposible descubrir la naturaleza del cuerpo humano porque así lo dispone la Naturaleza y de tal modo podemos sentirlo; entonces el mismo hombre halla naturalmente por experiencia que se encuentra supeditado a las leyes y secretos de la poderosa Naturaleza, tanto indescifrables como inconcebibles, simplemente podemos sentir que actúa algo sobre la sensibilidad humana, propicia a la misma, y los diferentes cuerpos u objetos. Sabemos, eso sí, que la naturaleza del cuerpo humano es limitada por la Naturaleza, es decir, la intrínseca y secreta Naturaleza solo nos suministra llanas sensaciones interpretadas por la mente, no secretos de la misma, entonces es completamente natural que si la Naturaleza no nos informa de sus secretos, mucho menos nos dirá o suministrara nada de los objetos que no sea lo visto sobre la superficie, o lo apreciado por los sentidos directa y naturalmente. De igual modo, así como la Naturaleza nos cerciora de los límites de los sentidos del cuerpo humano y los poderes de su influencia, también nos dice que concierne a nuestra naturaleza sentir, percibir, pensar, conmover; sensaciones que pueden ser, tal vez, auténticas cualidades del cuerpo humano sensible. De esta manera,

la naturaleza propiamente dicha del cuerpo humano debe ser sentir para poder producir pensamientos. Sentir para poder pensar, esa puede ser la más propicia cualidad del cuerpo humano que influye sobre la mente humana. La directa y genuina incidencia sensible del cuerpo sobre los pensamientos también aplica para los principios de la ciencia humana. La propuesta filosófica de Hume es enteramente Mental, pero lo que afecte a la mente tiene que pasar primero por los sentidos y de ahí a la misma sensibilidad mental, es decir, lo que es al cuerpo es a la mente. La mente humana es afectada por las diferentes y continuas percepciones sensibles que a su vez influyen en el pensamiento y la razón en una reciproca interacción natural; entonces, si los sentimientos de la mente humana son una respuesta o réplica de las sensaciones del cuerpo humano deberán serlo también las percepciones, pues son netamente mentales. La mente humana percibe naturalmente vía sensible, es decir, las percepciones son de la mente y de naturaleza orgánica sensible; gobiernan el método que promete el conocimiento, son, sin más, la base ontológica de la filosofía de Hume. Es evidente la atención que presta Hume a los sentidos y, por extensión, al cuerpo orgánico sensible, a los objetos manifiestos y a las cualidades que la mente asume de ellos, todo lo cual está presente a las percepciones y cuyos resultados comprometen al cuerpo humano; digo resultados porque de la conciencia de nuestras percepciones obtenemos el conocimiento, lo cual amplifica la intervención del cuerpo humano que no es el simple receptor natural de las impresiones y las consecuentes ideas sensibles, sino que es el propicio vínculo entre el mundo y la mente. Las sensaciones son naturales, son el suministro natural del cuerpo humano, es decir, lo que sentimos nos impresiona y tal impresión pertenece originalmente al cuerpo, es decir, las impresiones son las sensaciones del cuerpo, o se imprimen en el cuerpo, o si se quiere, sentir es impresionarse y lo que es a la impresión es a la idea. Entonces, naturalmente el cuerpo humano siente o se impresiona vivamente y de tal impresión se concibe la idea, a esto se le llama percibir. Una percepción es la imagen de una impresión, ya sea de un objeto o sentimiento, y se reproduce en la mente; la idea de esa imagen requiere de una impresión y tal impresión de

esa imagen requiere de un cuerpo sensible, es decir, la percepción de la mente es la imagen de un sentimiento o impresión cuyo cuerpo u objeto afecta al cuerpo humano sensible o, las percepciones sensibles son impresiones e ideas del cuerpo humano que repercuten en la mente; además la Naturaleza , en cuanto a la materia, puede lograr una pequeñez prodigiosa que los sentidos jamás lograrían percibir porque los órganos son estrechos y solo pueden apreciar físicamente hasta cierta parte de materia, es decir, los órganos del cuerpo solo nos transmiten impresiones de objetos minúsculos que pueden ser detectados por los sentidos y solo podemos tener ideas de esas pequeñas cosas u objetos los cuales cobran existencia y hacen que el espacio y el tiempo, donde y cuando se manifiestan los objetos, puedan ser sentidos como sentimos los mismos objetos, así que lo que percibimos podemos sentirlo y el espacio y el tiempo nos circundan, o los advertimos, entonces deberán afectar la sensibilidad del cuerpo humano. Sentimos el espacio y sentimos el tiempo recíprocamente, o mejor dicho, tenemos una idea de espacio y de tiempo porque impresionan al cuerpo a través de los objetos perceptibles. La imagen que tenemos en la percepción de la mente de las ideas de espacio y de tiempo es objeto de la sensibilidad de los órganos del cuerpo, pues de lo que tenemos una idea tenemos una impresión, así tenemos el sentimiento del espacio y del tiempo.

Ahora bien, si sentir es elementalmente pensar, o sentimos naturalmente las impresiones en el cuerpo humano para poder producir ideas naturalmente, lo cual es básicamente percibir; también deberá serlo para lo que creemos. Se cree porque se siente. Sentir es creer en la sensación percibida o, mejor dicho, creemos creer en algo porque lo sentimos; sin duda, creer en algo implica sentirlo; naturalmente, lo que se cree conmueve la carne; la creencia es sanguínea, vital, porque eso lo sentimos vivamente en el cuerpo humano, al igual que eso nos sostiene mentalmente; el sentimiento de la creencia pertenece a la mente naturalmente, la cual asimila las diferentes sensaciones o impresiones del cuerpo humano y acaso las modifica en principios y relaciones naturales de la

ciencia humana según la salubridad de las facultades. De igual modo, la creencia está acompañada por la experiencia que es completamente natural; para que el sentimiento de creencia se produzca necesitamos naturalmente de la experiencia, de la cual extraemos o subsumimos la relación filosófica y Natural de la causalidad, la cual es producto exclusivo, según el Tratado, de la experiencia y la facultad de la memoria; entonces la causalidad es producto del sentimiento de la creencia basado en un evento anterior del cual tenemos registro, pues no podemos tener experiencia de nada que no hubiésemos sentido, lo mismo que no podemos creer en nada sin sentirlo, y la causalidad es un sentimiento que experimentamos en la conexión de los objetos, es decir, creemos en la causalidad porque percibimos cierta asociación entre los objetos y los eventos o actos humanos que se prolongan invariablemente. Puede decirse que el cuerpo humano participa activa, continua y constantemente de la elaboración del conocimiento humano o de las percepciones de la mente. De la presencia del cuerpo humano sensible depende la formalización de la experiencia que requiere naturalmente manipular los objetos o cuerpos de su ámbito para desarrollar el sentido de la observación y por ende el análisis y comprobación de los eventos que se manifiestan a los sentidos que adsorben la información de lo apreciado naturalmente, lo cual sería seriamente imposible sin la conjunción constante, invariable y unísona de tales o cuales objetos que se hallan en dicha conjunción recíproca y que entendemos normalmente como causa y efecto. La necesidad de una causa es de índole mental y se encuentra determinada por una impresión actual que la mente cree y a la cual se habitúa naturalmente. La costumbre es una creencia infalible, o estamos acostumbrados a creer en lo que sentimos, y la causalidad es un sentimiento producido por la costumbre que actúa en la sensibilidad del cuerpo humano, pues los sentidos nunca nos informan de algo más que una mera percepción de tal evento que arrojará siempre el mismo resultado igual que el primero porque los sentidos no pueden ofrecer algo distinto a ese regular evento que se prolonga en la conjunción constante entre ciertos objetos que representan un análogo sentimiento. Nadie puede creer sin sentir, la

creencia actúa sobre el cuerpo sensible, es decir, requiere de una impresión, además nadie llega a creer por el solo hecho de imaginar como que nadie piensa sin sentir, y la creencia en algo es un sentimiento presente al que la mente se habitúa y cobra experiencia, o mejor dicho, la costumbre es una fuerte experiencia, y de eso da cuenta la causalidad. Lo que cabe a la percepción cabe a la sensación; la creencia es perceptible, es decir, creemos en lo que sentimos y la causalidad es una percepción de la mente que experimentamos en la conjunción constante entre objetos. Percibimos a cada momento, o mejor dicho, la mente humana percibe instantáneamente; las percepciones de la mente humana varían de una a otra y en ningún caso son unidireccionales, son de algún modo, inquietas, pasajeras, efímeras, debiles, caducas, inertes, se suceden espontáneamente según el movimiento de la mente que percibe y ninguna es prerrequisito de su inmediatamente anterior porque son simples representaciones cuya semejanza, asociación, conexión, existencia de las ideas se producen en la imaginación. Así como la mente humana percibe seguida y naturalmente, el cuerpo humano se encuentra en continuo estado de sensaciones variadas y separables unas de otras naturalmente por las percepciones. Desprender las impresiones del cuerpo humano y sus representantes ideas sería tanto como despojar el cuerpo de los órganos y la piel. El principio base de la filosofía de Hume son las elementales percepciones de la mente humana con la prioridad de las impresiones sobre las ideas, que comportan la naturaleza del conocimiento humano. La naturaleza de las percepciones de la mente corresponde a la continua incidencia de los objetos externos sobre la interna mente. Las percepciones son divisibles en impresiones e ideas, difieren en su presentación, la impresión es del cuerpo por tanto su presencia es fuerte y en la idea débil; además las percepciones de impresiones e ideas son la caparazón de la filosofía de David Hume y una neta discreción en la grave y seria filosofía. La filosofía de Hume es análoga a la vitalidad del cuerpo. La salud de los órganos del cuerpo humano se advierte y refleja en sus escritos filosóficos. La vena que irriga su pensamiento tiene el color y la fuerza expresiva pertinentes de una salud que seduce y anima al

lector de su filosofía, la cual impresiona. Si el cuerpo falla, fallan sus intrínsecas facultades y el organismo vivo sensible se reduce a una masa informe incapaz de conocer, es decir, de tener normales percepciones o impresiones e ideas. No pueden haber sensaciones sin cuerpo orgánico, tampoco puede haber un correcto pensamiento sin la salud de las facultades mentales, es decir, no puede haber una fiable idea en filosofía que no dependa de un sano funcionamiento del cuerpo humano que permita la concreción de lo fáctico. En la filosofía de Hume la salud es ponderable, es un tópico en la discreción del sistema ontológico de su filosofía, de la salud dependen las percepciones porque la salud conviene a la mente, y por extensión a todo organismo vivo del cual pende su existencia. La salud por sí sola puede dar cuenta del individuo y relevar el yo de una sustancia asemejándolo a una breve cualidad salubre, es decir, solo tenemos una idea de yo o mismidad por la salud misma de cuerpo humano. Entre tanto, para concebir la idea del pensamiento escéptico se requiere gozar de salud, lograr una percepción tan delicada como lo sea el sentimiento escéptico que pone a prueba la consistencia del método de las ideas filosóficas de un autor después de haber tratado con vital eficiencia la disposiciones argumentativa de su teoría, puede que desbarate una saludable integridad orgánica y mental, pero la filosofía escéptica puede que sea una formidable vaina que proteja y otorgue frutos.

He tratado de ubicar, más o menos, consecuentemente las partes que disponen la presente tesis, para declarar la denodada participación del cuerpo orgánico sensible en la elaboración de las ideas del conocimiento humano. Las percepciones, los órganos sensibles y las facultades, la experiencia, la creencia, la costumbre, la salud, caben y conciernen a la naturaleza del cuerpo humano que promueve la entereza de los presupuestos filosóficos de David Hume.

Hume dice que el hombre es un ser racional, que el hombre es un ser social y que el hombre es un ser activo, asegurando “que la naturaleza ha señalado un tipo de vida variado como el más apropiado para la raza humana y ha prescrito en secreto

que ninguna de estas inclinaciones pueda exigir demasiado en detrimento de otras ocupaciones y esparcimientos.”²

Hume concibe dos tipos de filosofía dentro de la filosofía moral o ciencia de la naturaleza humana, “cada una de las cuales tiene su peculiar mérito y puede contribuir al esparcimiento, instrucción y reforma de la humanidad.”³ La una considera al hombre como nacido para la acción e influenciado por sus gustos, la dos considera al hombre como un ser exclusivamente racional preocupado más por entender que por cuidar maneras. En las descripciones de Hume juntas filosofías se consuman, en Hume la filosofía se entiende agradablemente.

Es consabida la tolerancia filosófica de David Hume, el hombre que escribió filosofía y procuró hacer del pensamiento filosófico hombres cuya filosofía cobre Naturaleza y atienda el comportamiento de los órganos y facultades sensibles, conscientes de las limitaciones de los sentidos del cuerpo humano propicios para el conocimiento de los hombres, de un lenguaje práctico y salubre incapaz de envanecimiento, presentes en los compases intelectuales y sociales de su tiempo, interactuando receptivamente:

Sé un filósofo, pero en medio de toda tu filosofía, continúa siendo un hombre⁴.

² Ibíd. p. 15

³ Ibíd. p. 11

⁴ Ibíd. p. 16

CAPÍTULO I

DE LA PRIORIDAD DE LA NATURALEZA DEL CUERPO HUMANO SENSIBLE RESPECTO DE LA NATURALEZA DE LAS PERCEPCIONES DE LA MENTE HUMANA

Necesitamos del cuerpo humano sensible para poder percibir. Las percepciones son de naturaleza mental e infaliblemente requerimos de la naturaleza del cuerpo para poder percibir porque la mente hace parte del cuerpo humano y es en la mente humana donde se originan las percepciones. La mente humana es una cualidad o propiedad del cuerpo humano sin el cual no tendríamos idea alguna de mente ya que podemos así sentirlo.

La naturaleza de las percepciones es mental. Percibimos porque naturalmente el cuerpo siente que percibe. La naturaleza del cuerpo es sentir la de la mente percibir pero como la mente y el cuerpo se corresponden mutuamente en lo que sienten y perciben se comprende que no puede haber percepción que no sea sentida o que no se sienta. Es menester del cuerpo sentir antes de que la mente pueda percibir, es decir, de lo que se siente depende lo que se percibe, entonces la naturaleza del cuerpo humano es sentir percibiendo las sensaciones transmitidas por los órganos hacia la mente. El cuerpo es directamente afectado por los objetos externos pero para la mente estos objetos no son sino imágenes o representaciones de los mismos.

Las percepciones de la mente son por naturaleza el modo de conocer y entender los procesos del pensamiento y entendimiento humano según los órganos y facultades del vital cuerpo sensible. Hume dice:

“Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos clases distintas que denominaré IMPRESIONES e IDEAS. La diferencia entre ambas consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que inciden

sobre la mente y se abren camino en nuestro pensamiento o conciencia a las percepciones que entran con mayor fuerza y violencia las podemos denominar impresiones; e incluyo bajo este nombre todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma. Por ideas entiendo las imágenes débiles de las impresiones, cuando pensamos y razonamos... Cada uno percibirá en seguida por sí mismo la diferencia que hay entre sentir o pensar.”⁵

Además

“Todos concederán sin dificultad que existe una diferencia considerable entre las percepciones de la mente cuando sentimos dolor o calor excesivo o el placer de una tibieza moderada, y cuando más tarde recordamos estas sensaciones o las anticipamos con la imaginación. Tales facultades pueden imitar o copiar la percepción de los sentidos, pero no consiguen nunca por completo la fuerza y vivacidad del sentimiento original.”⁶

O

“El más vivido pensamiento es inferior a la más opaca de las sensaciones.”⁷

De esta patente diferencia sensible resulta que:

Podemos entonces dividir todas las percepciones de la mente en dos clases o especies que se distinguen entre sí por sus diferentes grados de fuerza y vivacidad. Las menos fuertes y vivaces se denominan comúnmente pensamientos o ideas... Por el término impresión me refiero, entonces, a todas nuestras percepciones más vívidas, cuando escuchamos, vemos, sentimos, amamos, odiamos, queremos o

⁵ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Op. Cit. p. 87

⁶ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Op. Cit. p. 25

⁷ *Ibíd.*

deseamos. Las impresiones se distinguen de las ideas en que estas son percepciones menos vívidas, de las que somos conscientes cuando reflexionamos sobre cualquiera de las sensaciones movimientos antes mencionados.⁸

Es clara la seria participación del cuerpo humano sensible en la producción de las ideas que son consecuencia de sus precedentes impresiones. Las impresiones conciernen al cuerpo porque son fuertes, vívidas, etc., es decir, se sienten y las sensaciones son pensadas o representadas a su vez en consecuentes ideas en la mente debido a que: “resulta imposible pensar en algo que anteriormente no hubiéramos percibido, bien sea a través del sentido externo o interno.”⁹

Sentir es pensar. Es esta la plausible consideración que trataremos de enmarcar en el desarrollo íntegro de la presente tesis.

Se ha dicho que las ideas dependen de las impresiones según las percepciones de la mente humana dada la fuerza de la manifestación de las impresiones sobre el cuerpo. Ninguna idea puede surgir de nada, toda idea se origina en una impresión o, mejor dicho, nada que no sea un sentimiento puede ser un pensamiento.

Hume será bastante reiterativo con su palmario principio: “las impresiones y las ideas son, por lo general, de tal modo diferente que nadie tendría escrúpulos en situarlos bajo grupos distintos, así como en asignar a cada una un nombre peculiar.”¹⁰

O

⁸ Ibíd. p. 26

⁹ Ibíd. p. 82

¹⁰ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 88

“Todas nuestras ideas o percepciones más débiles son copias de nuestras impresiones o percepciones más vívidas.”¹¹

También: “Toda idea examinada es copia de una impresión similar.”¹²

Entonces

“Todas las ideas y en especial las ideas abstractas son por naturalezas débiles y oscuras, la mente solo las capta débilmente y son susceptibles de ser confundidas con otras ideas similares...Por el contrario, todas las impresiones, esto es, todas las sensaciones externas o internas son fuertes y vívidas: sus límites están delimitados con mayor exactitud y no resulta fácil cometer errores o equivocaciones respecto de ellas.”¹³

De ahí que las percepciones presenten otra división que toca a las impresiones y las ideas. Se trata de la consecuente división en simples y complejas: “Las percepciones simples (impresiones o ideas) son tales que no admiten distención ni separación. Las complejas son lo contrario que éstas y pueden dividirse en partes.”¹⁴

La semejanza entre nuestras impresiones y nuestras ideas es lo primero que Hume advierte: “Las unas parecen ser de algún modo reflejo de las otras, de modo que toda percepción de la mente es doble, y aparece a la vez como impresión e idea.”¹⁵

¹¹ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 28

¹² *Ibíd.*

¹³ Cfr. HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 31

¹⁴ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 88

¹⁵ *Ibíd.* p. 89

Las impresiones y las ideas se corresponden siempre por semejantes pero una dificultad en ello, para las percepciones simples y complejas, rebasa la conclusión general basada en “que todas nuestras ideas e impresiones son semejantes entre sí.”¹⁶

Hume dice: “ahora advierto que muchas de nuestras ideas complejas no tuvieron nunca impresiones que les correspondieran, así como que muchas de nuestras impresiones complejas no están nunca exactamente copiadas por ideas.”¹⁷

Desde luego, muchas de nuestras ideas complejas no tienen sus pares en las impresiones porque resultan inconcebibles, una Nueva Jerusalén con calles y paredes de gemas puedo imaginarla sin verla aunque resulte un imposible; o lo contrario, podemos observar y apreciar cierta ciudad pero de ahí a hacerme una idea clara de sus precisas calles y adoquines también resulta un imposible.

Lo anterior es referido y válido para las percepciones complejas, no así para las percepciones simples, para las cuales:

La regla se mantiene sin excepción, y que toda idea simple tiene una impresión simple a la cual se asemeja, igual que toda impresión simple tiene una idea que le corresponde... y como las complejas se forman a partir de las simples, podemos afirmar en general que estas dos especies de percepción son exactamente correspondientes.¹⁸

Las ideas complejas es uno de los temas filosóficos más caros a la filosofía de Hume. Las percepciones complejas repercutirán en los asuntos de carácter abstracto y el surgimiento de las mismas será comprendido solamente desde la perspectiva simple del surgimiento de las ideas que son las impresiones, es decir,

¹⁶ *Ibíd.* p. 89

¹⁷ *Ibíd.*

¹⁸ *Ibíd.* p. 90

los componentes de la idea compleja es la idea simple y como las ideas se derivan de impresiones es claro que las ideas complejas se forman a partir de una impresión.

La semejanza de nuestras percepciones es, pues, una relación filosófica que se deriva de la concordancia entre nuestras impresiones e ideas. Enseguida Hume se indagará sobre la existencia de las percepciones y cuáles impresiones e ideas son causas, y cuáles efectos; cuyo “examen completo de este problema constituye el tema de la presente obra;”¹⁹ que da inicio con la máxima general de que: “todas nuestras ideas simples en su primera aparición, se derivan de impresiones simples a las cuales corresponden y representan exactamente.”²⁰

Las consideraciones de Hume respecto tanto de la existencia de nuestras percepciones como de las causas y efectos de nuestras impresiones e ideas no puede reducirse a un mero comentario, antes bien, debemos considerar la literalidad argumentativa expuesta por Hume en el siguiente razonamiento porque en él se encuentran las apropiadas bases que erigirán su pensamiento.

Primero, mediante un nuevo examen me cercioro de lo que ya he asegurado: que toda impresión simple va acompañada por una idea que le corresponde, y toda idea simple, por una impresión. De esta **conjunción constante de percepciones semejantes** concluyo inmediatamente que **existe** una gran conexión entre nuestras impresiones correspondientes y nuestras ideas, y que la **existencia** de las unas tiene una influencia considerable sobre las otras. Una tal conjunción constante, con tal número infinito de ejemplos, no puede surgir nunca del azar; prueba, por el contrario, que las impresiones dependen de las ideas, o las ideas de las impresiones. Para saber de

¹⁹ Ibíd. p. 91

²⁰ Ibíd.

qué lado se encuentra esta dependencia, considero el orden de su **primera aparición**, y hallo por **experiencia constante** que las impresiones simples **preceden** siempre a sus correspondientes ideas; sin embargo nunca aparecen en orden inverso... Nuestras ideas no producen en su primera aparición impresiones que les correspondan, ni percibimos color alguno o sentimos una sensación simplemente por pensar en ello.²¹

Es muy difícil intervenir en tal apreciación referente a las percepciones luego de la lúcida disposición de sus componentes, secuencia y orden. Siempre primarán las impresiones por sobre encima de sus semejantes ideas, y a su vez se corresponderán invariablemente.

Hume reitera: “toda impresión- sea de la mente o del cuerpo- es seguida constantemente por una idea que semeja esa impresión, y que difiere de ella tan solo por sus grados de fuerza y vivacidad.”²²

La existencia de nuestras percepciones se debe a la secuencia de nuestras impresiones a nuestras ideas que se hallan regidas por la conjunción constante de percepciones semejantes, y de este constante evento, por experiencia, hallamos la primera aparición u orden de tal secuencia de la cual podemos asegurar que “esta prioridad de las impresiones constituye una prueba igualmente convincente de que nuestras impresiones son causa de nuestras ideas, y no nuestras ideas de nuestras impresiones.”²³

Naturalmente, el cuerpo humano participa activamente en la conjunción constante de percepciones semejantes porque las impresiones al ser de carácter sensible, son los sentidos los que nos informan de esta conjunción, además no podemos

²¹ Ibíd. p. 91

²² Ibíd. pp. 91-92

²³ Ibíd.

obviar la consabida salud del cuerpo humano de la cual precisan las percepciones de la mente humana:

“Siempre que por accidente las facultades que dan origen a impresiones de algún tipo se ven impedidas en sus operaciones(como le ocurre al que ha nacido ciego o sordo), no solo se pierde de las impresiones, sino también las ideas correspondientes, de modo que no aparecerá a la mente el menor rastro de unas u otras. Y esto es verdad no solo en el caso de que los órganos sensoriales estén completamente destruidos, sino también cuando no han sido puestos nunca en funcionamiento para producir una impresión determinada. No podemos hacernos una idea correcta del sabor de una piña sin haberla probado.”²⁴

Sin la prioridad de la salud del cuerpo humano y el correcto funcionamiento de sus facultades se extraviarían las impresiones deformando las ideas, es decir, las percepciones serían del todo alteradas dislocando el funcionamiento de la mente.

De la salud del cuerpo humano depende el principio de prioridad de las impresiones con respecto a las ideas y del funcionamiento de las facultades dependen las impresiones, de ahí que la salubridad del cuerpo humano sea indispensable para las impresiones e ideas, pues así como las ideas pueden producir imágenes de sí mismas en nuevas ideas se requiere de las impresiones originales para que se produzcan tales ideas, es decir, se requiere de óptimas facultades y por ende de un cuerpo saludable porque es a partir de lo anterior donde se origina el primer principio de la ciencia de la naturaleza humana establecido por Hume. Donde, si no en el cuerpo, podemos sentir que nuestras impresiones son causa de nuestras ideas.

²⁴ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Op. Cit. p. 92

Entre tanto, el problema de las ideas innatas parece resuelto. En efecto, tenemos ideas innatas o son producto de la sensación y la correspondiente reflexión; pues, digamos, la idea de extensión y la idea de color en realidad nos son dadas por los sentidos, es decir, guardamos sensaciones de tales ideas, como si no diríamos algo de ellas; lo mismo que de una pasión, no puedo concebir la ternura a menos que tenga una experiencia de tal emoción; entonces el innatismo de las ideas es falso porque “ las ideas son precedidas por otras percepciones más vívidas, de las cuales se derivan y a las cuales representan.”²⁵

Pues bien, del mismo modo que las percepciones de la mente son divididas en impresiones y en ideas y se diferencian por los grados de fuerza y vivacidad según la influencia de las impresiones sobre las ideas, además de la subsiguiente división en simples y complejas; las impresiones análogamente serán divididas en impresiones de sensación e impresiones de reflexión:

“La primera clase surge originalmente en el alma a partir de causas desconocidas. La segunda se deriva en gran medida de nuestras ideas y esto en el orden siguiente: una impresión se manifiesta en primer lugar a los sentidos, y hace que percibamos calor o frío, placer o dolor de uno u otro tipo. De esta impresión existe una copia tomada por la mente y que permanece luego que cesa la impresión: llamamos a esto idea. Esta idea de placer o dolor cuando inciden a su vez en el alma, producen las nuevas impresiones de deseo y aversión, esperanza y temor, que pueden llamarse propiamente impresiones de reflexión, puesto que de ellas se derivan. A su vez son copiadas por la memoria y la imaginación y se convierten en ideas; lo cual, por su parte, puede originar otras impresiones e ideas. De modo que las impresiones de reflexión son previas solamente a sus ideas correspondientes, pero posteriores a las de sensación y derivadas de ellas... Y como las

²⁵ Ibíd. p 94

impresiones de reflexión, esto es, las pasiones, deseos y emociones— surgen por lo general de las ideas, será necesario invertir el método antes citado,...a fin de explicar la naturaleza y principios de la mente humana, dar cuenta particular de las ideas antes de pasar a las impresiones.”²⁶

Pareciese que lo dicho por Hume conservara la forma de un restringido círculo cuya rutina no permite desvíos, pero en lugar de simular una única rotación, conviene que lo apreciemos en su regular modo. Las impresiones de sensación desembocan en las impresiones de reflexión cuya idea produce otra nueva impresión y esta última una nueva idea: el calor y el placer son impresiones cuya percepción formaliza la idea de la sensación a la reflexión y la idea de esa sensación, a su vez, es captada y copiada por la memoria y la imaginación, fundamentales para los principios de la mente humana, facultades que pueden producir, a su vez, nuevas impresiones e ideas, es decir, no podemos reflexionar sobre nada que no sea una sensación.

Solo por experiencia podemos saber que cuando una impresión ha estado presente a la mente lo hace de nuevo sobre ella como idea:

“Esto puede hacerlo de dos maneras: o cuando retine en su reaparición un grado notable de su vivacidad primera, y entonces es de algún modo intermedia entre una impresión y una idea, o cuando pierde por completo esa vivacidad y es enteramente una idea. La facultad por la que repetimos el primer modo es llamada memoria, la otra, imaginación. Ya a primera vista es evidente que las ideas de la memoria son mucho más vívidas y fuertes que las de la imaginación, y

²⁶ Ibíd. pp. 95-96

que la primera facultad colorea sus objetos con mayor precisión que la segunda.”²⁷

La memoria vale para las impresiones y la imaginación vale para las ideas, es decir, las impresiones van directamente a la memoria y sus correspondientes ideas van directamente a la imaginación, dada la consabida diferencia de la fuerza y vivacidad de las unas sobre las otras, lo cual también es una diferencia en sus modos:

“A pesar de que ni las ideas de la memoria ni las de la imaginación, ni las vívidas ni las tenues, pueden aparecer en la mente a menos que las hallan precedido sus correspondientes impresiones a fin de prepararles el camino, la imaginación no se ve con todo obligada a guardar el mismo orden y forma de las impresiones originales, mientras que la memoria está de algún modo determinada en este respecto, sin capacidad alguna de variación.”²⁸

Las ideas de la memoria y la imaginación (son ideas, desde luego, porque cómo podríamos tener idea de la memoria sin las debidas impresiones que hacen memoria, e idea de la imaginación sin ideas de la memoria), antes que nada, la memoria y la imaginación, son prioridad de la naturaleza del cuerpo humano y facultades de la mente humana porque son naturales, además, sin memoria no puede haber imaginación porque, desde luego, ¿qué podríamos imaginar sin memoria alguna sobre algo que imaginar, pero además, no podríamos recordar e imaginar nada sin el cuerpo y las facultades naturales.

Entre tanto, si la memoria y la imaginación guardan prudentes diferencias, como que la memoria es por impresión mucho más vivas y fuerte que la endeble

²⁷ *Ibíd.* p. 97

²⁸ HUME, David. *Investigación sobre el entendimiento humano*. Op.Cit. p. 29

imaginación, se debe a que “la memoria preserva la forma original en que se presentaron sus objetos y que, siempre que nos apartamos de ella al recordar algo, es debido a algún fallo o imperfección de dicha facultad.”²⁹ Es decir, la memoria no tiene por si sola autonomía para trastocar los objetos o imágenes de las percepciones porque su función primordial “no es preservar las ideas simples sino su orden y posición.”³⁰ La idea de memoria está condicionada por las impresiones originales, es decir, no puede falsear o trastornar las sensaciones, o básicamente la memoria está hecha de sensaciones vívidas que en la mente guardan un tiempo y un lugar precisos y que bajo una nueva impresión como un nombre o un olor pueden recuperar la primera aparición de una impresión.

Si la memoria se encuentra restringida o supervisada por la compostura de los recuerdos según el orden y la posición que posibilitan las ideas, la imaginación, a simple vista, parece todo lo contrario, pues tiene total libertad para mezclar toda suerte de ideas y de la cual surge el segundo principio establecido por Hume: “la libertad de la imaginación para trastocar y alterar el orden de sus ideas.”³¹ La imaginación es una facultad de la mente, y la capacidad para imaginar origina y compone sus ideas de las ideas que tiene de la memoria de las impresiones, entonces “ya no resultará extraña esta libertad de la fantasía si consideramos que todas nuestras ideas se copian de nuestras impresiones, y que no hay dos impresiones que sean absolutamente inseparables.”³²

Fantasía o imaginación son dos términos que desempeñan la misma función: libertad para alterar y unir ideas. Veamos ahora la crucial importancia de la imaginación para la filosofía de Hume.

Según el Tratado de la Naturaleza Humana:

²⁹ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 97

³⁰ *Ibíd.*

³¹ *Ibíd.*

³² *Ibíd.* p.98

Donde quiera que la imaginación perciba una diferencia entre ideas será capaz de producir fácilmente una separación entre ambas.³³

Nada hay más admirable que la rapidez con que la imaginación sugiere sus ideas y las presenta en el instante mismo en que se habían hecho útiles y necesarias. La fantasía corre de un extremo a otro del universo al reunir las ideas que corresponden a cualquier asunto.³⁴

Dirijamos nuestra imaginación fuera de nosotros cuando nos sea posible; llevemos nuestra imaginación a los cielos, o a los más extremos límites del universo: nunca daremos realmente un paso fuera de nosotros mismos, ni podremos concebir otra clase de existencia que la de las percepciones manifiestas dentro de esos estrechos límites. Este es el universo de la imaginación, y no tenemos más ideas que las allí presentes.³⁵

Mi imaginación está dotada de los mismos poderes que la suya, de manera que a esa persona le es imposible concebir una idea que yo no pueda concebir, ni tampoco conectar algo que yo no pueda conectar.³⁶

La imaginación posee el dominio de todas sus ideas, y puede juntarlas, mezclarlas y variarlas de todas las formas posibles. Puede concebir los objetos en toda circunstancia de lugar y tiempo. En cierto modo, puede situarlos ante nuestros ojos con sus verdaderos colores, tal como esos objetos pueden haber existido.³⁷

³³ *Ibíd.*

³⁴ *Ibíd.* p. 114

³⁵ *ibíd.* p. 169

³⁶ *Ibíd.* p. 203

³⁷ *Ibíd.* pp. 207-208

Es la imaginación el juez último de todos los sistemas filosóficos.³⁸ Es un principio evidente que todo lo que podemos imaginar es posible.³⁹

Según las Investigaciones sobre el Entendimiento Humano.

Crear monstruos y conjugar formas y apariencias incongruentes no le cuesta a la imaginación mayor dificultad que concebir los más naturales y familiares objetos.⁴⁰ No obstante, aun cuando nuestro pensamiento parezca detentar esa ilimitada libertad encontramos, al examinarlo más de cerca, que en realidad se halla confinado a límites muy estrechos y que todo este poder creativo de la mente se reduce a la facultad de combinar, transponer, aumentar o disminuir los materiales que nos suministran los sentidos y la experiencia.⁴¹

La imaginación del hombre es sublime por naturaleza y se complace en todo aquello que es remoto y extraordinario; se precipita, incontrolada, hacia los más distintos límites del espacio y del tiempo para escapar a aquellos objetos con que la costumbre la ha familiarizado en exceso.⁴²

Las anteriores son algunas de las definiciones sobre la imaginación que Hume mantiene a lo largo de sus dos obras filosóficas. Considerada la imaginación como la facultad que reúne las ideas impuestas por la memoria de las impresiones, podemos decir que tanto la facultad de la imaginación como de la memoria son indispensables si no determinantes para la asociación de las ideas como para las relaciones filosóficas. La memoria controla y regula los recuerdos de las sensaciones, la imaginación separa y une las ideas que tenemos de esas fuertes impresiones. También es cierto que la imaginación en su libertad debe guardar

³⁸ *Ibíd.* p. 366

³⁹ *Ibíd.* p. 396

⁴⁰ HUME, David. *Investigación sobre el entendimiento humano*. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 27

⁴¹ *Ibíd.*

⁴² *Ibíd.* p. 207

algo de sensatez al momento de reunir las ideas o si no seríamos presa de la incoherencia. Retomemos lo sugerido de las facultades de la imaginación y la memoria para la conexión o asociación de ideas:

“Como todas las ideas simples pueden ser separadas por la imaginación y unidas de nuevo en la forma que a ésta le plazca, nada sería más inexplicable que las operaciones de esta facultad si no estuviera guiada por algunos principios universales que la hacen, en cierto modo, conforme consigo mismo en cada tiempo y lugar. Si las ideas estuvieran completamente desligadas e inconexas, solo el azar podría unirlas; sería imposible que las mismas ideas simples se unieran regularmente en ideas complejas- como regularmente saben hacerlo- si no existiera algún lazo de unión entre ellas, sin alguna cualidad asociativa por la que una idea lleva naturalmente a otra.”⁴³

O

“Es evidente que existe un principio de conexión entre los diferentes pensamientos o ideas de la mente y que, al presentarse a la memoria o a la imaginación, su aparición sigue cierto método o regularidad.”⁴⁴

Como es debido cabe a la imaginación y a la memoria unir las ideas, y tal principio unificador, la imaginación “no discurre por completo a la ventura, sino que establece cierta conexión entre las diversas ideas que se suceden unas a otras.”

⁴⁵

Además, tal principio rector de las ideas se distingue por cobrar total sutileza cuando establece la conexión entre las ideas según una suave fuerza que entrelaza las relevantes cualidades en la imaginación: “Las cualidades de las que

⁴³ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana Op. Cit. p. 98

⁴⁴ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 33

⁴⁵ Ibíd.

surge tal asociación y por las que es llevada la mente de este modo de una idea a otra, son tres: SEMEJANZA, CONTIGUIDAD en tiempo y lugar, y CAUSA y EFECTO.”⁴⁶

Lo cual reitera a su vez en la Investigaciones:

“En mi concepto parece haber sólo tres principios de conexión de las ideas, a saber, Semejanza, Contigüidad en el tiempo o el espacio y Causa y Efecto.”⁴⁷

El curso del pensamiento y la sucesión continua de nuestras ideas prueban fácilmente que están orientadas por la semejanza que la imaginación encuentra en las ideas “y que esta cualidad es por sí sola un vínculo suficiente de asociación para la fantasía.”⁴⁸.

De igual forma la contigüidad es estrecha a la semejanza porque los sentidos para poder pasar de un objeto a otro tal como se encuentran contiguos alentada por la imaginación la cual “debe adquirir, gracias a una larga costumbre, el mismo método de pensamiento, recorriendo las distintas partes del espacio y el tiempo al concebir sus ideas.” Entre tanto, para Hume la relación de causalidad es la que más compromete a fondo su filosofía: “no hay una relación que produzca un vínculo más fuerte en la fantasía y que haga que una idea recuerde más rápidamente a otra, que la relación de causa y efecto entre sus objetos.”⁴⁹ Desde luego, la imaginación para unir las ideas y los objetos recurre normalmente a los principios básicos de semejanza y contigüidad que se incorporan a la relación más extensa, la de causa y efecto:

“Puede juzgarse que dos objetos están situados en esta relación, lo mismo cuando alguno es causa de alguna de las acciones o movimiento del otro, que cuando el primero es causa de la existencia

⁴⁶ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 99

⁴⁷ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 34

⁴⁸ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 99

⁴⁹ Ibíd.

del último. Pues como la acción o el movimiento no es otra cosa que el objeto mismo considerado bajo cierto punto de vista, y el objeto sigue siendo el mismo en todas sus diferentes situaciones, es fácil imaginar cómo una influencia tal de objetos, uno sobre otro, puede conectarlos en la imaginación...no solo están conectados dos objetos por la relación de causa y efecto cuando uno produce un movimiento o acción en el otro, sino también cuando tiene el poder de producirlo.”⁵⁰

Los principios que asocian o conectan las ideas no pueden prescindir de los objetos. La semejanza, la contigüidad en tiempo y lugar, y la causalidad, son las cualidades que regulan la asociación de las ideas, es decir, tenemos ideas de esas cualidades que formalizan los principios y relaciones por las impresiones que tenemos de los objetos sobre los sentidos. Es claro que los objetos tocan a los sentidos del cuerpo y que las facultades de la mente establecen la conexión de los principios y relaciones de las ideas, es decir, existen porque podemos sentirlas, desde luego, la semejanza, la contigüidad y la causalidad comprometen el ánimo del cuerpo humano, sentimos su presencia y tal sentimiento es tan fuerte para la percepción de la mente de tales cualidades que imaginamos una asociación:

“Estos son, por consiguiente, los principios de unión o cohesión entre nuestras ideas simples y que suplen en la imaginación el puesto de esa conexión inseparable con que están unidas en nuestra memoria...Sus efectos son visibles por todas partes, aunque sus causas sean en su mayor parte desconocida y deban reducirse a las cualidades originarias de la naturaleza humana-cualidades que yo no pretendo explicar.”⁵¹

La connotación de la asociación de ideas en verdad se aprecia con más entereza en la noción que tenemos de las ideas complejas “que son normalmente el objeto

⁵⁰ Ibíd. p. 100

⁵¹ Ibíd. p. 101

de nuestros pensamientos y razonamientos, y que surgen por lo general de un principio de unión entre nuestras ideas simples.”⁵² Las ideas complejas o generales y abstractas se dividen en Relaciones, Modos y Sustancias.

La relación es una palabra que se toma en dos sentidos o es: “la cualidad por la que se unen dos ideas en la imaginación, llevando naturalmente la una a la otra;”⁵³ o es “la circunstancia particular, en que incluso en la unión arbitraria de dos ideas en la fantasía, podemos pensar que es conveniente separarlas.”⁵⁴ Normalmente entendemos esa palabra como el primer enunciado, y “sólo en filosofía lo extendemos, para indicar cualquier asunto determinado de comparación, sin un principio de enlace.”⁵⁵

Hume advierte que las cualidades que hacen posible la comparación entre objetos, además de producir las ideas de la relación filosófica, pueden que sean interminables de enumerar, pero vistas detenidamente pueden reducirse “a siete grupos generales, que cabe considerar como principios de toda relación filosófica.”⁵⁶ Tales relaciones filosóficas son: la semejanza, la identidad, la relación de espacio y de tiempo, la cantidad o número, los grados de cantidad o cualidad, la contrariedad y, por último, la causalidad: “esta relación de causa y efecto es una séptima relación filosófica, además de ser también una relación natural.”⁵⁷

Para mayor comprensión de las siete relaciones filosóficas sugiero que se confronte tanto la sección V de la PARTE PRIMERA, como la sección I de la PARTE III del Tratado de la Naturaleza Humana. Baste decir, que principios y relaciones compaginan con las sensaciones del cuerpo humano; las ideas que tenemos de los principios y relaciones son impresiones de la sensación de las que

⁵² *Ibíd.*

⁵³ *Ibíd.* p. 102

⁵⁴ *Ibíd.*

⁵⁵ *Ibíd.*

⁵⁶ *Ibíd.*

⁵⁷ *Ibíd.* p. 104

reflexionamos tales ideas de principios y relaciones, lo cual cuenta para la idea de sustancia que tropieza con esa misma dificultad: “si la idea de sustancia se deriva de las impresiones de sensación o de las de reflexión.”⁵⁸

El problema de la sustancia es un formidable cuestionamiento de David Humé a la tradición filosófica, de hecho, en tal apreciación sentimos vivamente la intervención del cuerpo humano para asentir tal idea, desde luego, ¿Qué podría decirnos el cuerpo orgánico o las sensaciones acerca de la sustancia? Nada. Solo podemos percibir una tal idea como esa a través de ciertas impresiones. Las sensaciones las sentimos a través de los sentidos en el cuerpo; los ojos no ven un color como una sustancia, los oídos no oyen sustancias y no probamos una sustancia; la reflexión de nuestras pasiones o emociones mucho menos dicen nada de la sustancia, además, la reflexión deriva de la sensación, los sentidos no nos representan sustancias, sus límites físicos son consabidos, y las impresiones solo asumen cualidades que resume la percepción:

“Por consiguiente, no tenemos ninguna idea de sustancia que sea distinta de la de una colección de cualidades particulares, ni poseemos de ella otro significado cuando hablamos o razonamos sobre este asunto. La idea de sustancia, como la de modo, no es sino una colección de ideas simples unidas por la imaginación y que poseen un nombre particular asignado a ellas, mediante el cual somos capaces de recordar- a nosotros o a otros-esa colección.”⁵⁹

La diferencia entre las ideas de sustancia y modo, según las cualidades que forman una sustancia, se deben a un algo desconocido que inhiere dentro de las

⁵⁸ *Ibíd.*

⁵⁹ *Ibíd.* p. 105

cualidades, o “se suponen que están estrecha e inseparablemente conectadas entre sí por las relaciones de contigüidad y causalidad.”⁶⁰

Desde luego, al no ser la sustancia sino una colección de cualidades particulares muchas otras cualidades pueden ser añadidas a esas cualesquiera cualidades sin que algo injiera, simplemente la cualidad es compatible con las otras cualidades perceptibles que aumentan el término de cualidades, es decir, el principio de unión de las ideas simples hace posible que se prolonguen las cualidades que se extiende a la idea compleja, pues esta es una idea simple asociada a otra idea, “permitiendo la entrada de cualquier cualidad que aparezca posteriormente, y es comprendida bajo esa idea del mismo modo que las otras, presentes desde el comienzo.”⁶¹

Igualmente, para las ideas abstractas o generales, se considera si éstas son “generales o particulares en la concepción que la mente hace de ellas.”⁶²

Hume dice que Berkeley predijo que “todas las ideas generales no son sino ideas particulares añadidas a un cierto término que les confiere mayor extensión, y que hacen que recuerden ocasionalmente a otros individuos similares a ellas.”⁶³ Para Hume, las ideas abstractas serían imposibles de concebir sin los notorios grados de cantidad o cualidad que la mente puede abstraer de un objeto. Algunos filósofos aseguran que no podemos formarnos una idea cabal y completa de todas las cualidades que pueden conformar una determinada especie, y que por tanto, la mente no se representa ningún grado de cantidad o cualidad, anulando cualquier intervención sensible, y sin embargo, se mantiene la idea en abstracto de esa cierta especie determinada, es decir, que la idea abstracta es inherente a la mente que supuestamente comporta desde un comienzo la universalidad de

⁶⁰ *Ibíd.*

⁶¹ *Ibíd.* p. 106

⁶² *Ibíd.*

⁶³ *Ibíd.*

una especie. El problema de las ideas abstractas es laborioso porque trata de la composición de los seres complejos, de los cuales algunos filósofos infieren, a sus anchas, que la idea abstracta no representa algún grado de cantidad o cualidad y, por tanto, la supuesta infinita capacidad de la mente contiene todo sin percibir nada, lo cual para Hume es, primero:

“Completamente imposible concebir una cantidad o cualidad sin hacerse una noción precisa de un grado, y mostrando en segundo lugar que, aunque la capacidad de la mente no sea infinita podemos, con todo, formarnos simultáneamente una noción de todos los grados posibles de cantidad y cualidad, de una manera que, aun siendo imperfecta, puede servir a efectos de toda reflexión y conversación.”⁶⁴

Formalmente la primera proposición que Hume establece para demostrar la falsedad de la inferencia de la formación de las ideas abstractas que adolecen tanto de cantidad y cualidad es: “la mente no puede formarse noción alguna de cantidad o cualidad sin tener una noción precisa de los grados de cada una,”⁶⁵

Proposición que formaliza a partir de los siguientes tres precisos argumentos:

Primero: Hemos observado que todo objeto diferente es distinguible, y que todo objeto distinguible es separable por el pensamiento y la imaginación. Podemos añadir que estas proposiciones son igualmente verdaderas en su conversa: todo objeto separable es también distinguible y todo objeto distinguible es también separable.⁶⁶

Además, una cualidad precisa no es susceptible de alteración:

“Es evidente a primera vista, sin embargo, que la longitud precisa de una línea no es diferente ni distinguible de la línea misma, como

⁶⁴ *Ibíd.* p. 107

⁶⁵ *Ibíd.*

⁶⁶ *Ibíd.* p. 108

tampoco el grado preciso de una cualidad lo es de esa cualidad. Estas ideas no admiten pues separación, de la misma manera que no admiten distinción ni diferencia.”⁶⁷

Segundo argumento:

“Se admite que ningún objeto puede aparecer a los sentidos, o, en otras palabras, que ninguna impresión puede hacerse presente a la mente, sin estar determinada por los grados de cantidad y cualidad. La confusión en la que a veces se ven envueltas las impresiones se debe tan solo a su debilidad e inconsistencia, y no a una cierta capacidad de la mente para recibir una impresión que en su existencia real no tenga un determinado grado o proporción.”⁶⁸

Y, por último, el tercer argumento que también es un principio universal: “toda cosa de la naturaleza es individual,”⁶⁹

Como podemos ver, los tres argumentos en favor de la formación de las ideas abstractas son indistintos del objeto, su concepción se basa en la imagen sensible de los mismos: “formar la idea de un objeto y formar una idea, es sin más, la misma cosa, pues la referencia de la idea a un objeto es una denominación extrínseca, de que no hay nota ni señal en la idea misma.”⁷⁰

Convengamos en que son los sentidos los que se percatan de los objetos, es decir, los objetos que impresionan al cuerpo humano la mente los percibe según la noción precisa de los grados de cantidad o cualidad que determinan a las impresiones y limitan a la idea: “Las ideas abstractas, por consiguiente, son de

⁶⁷ *Ibíd.*

⁶⁸ *Ibíd.* pp. 108-109

⁶⁹ *Ibíd.*

⁷⁰ *Ibíd.*

suyo individuales, aunque puedan hacerse generales en la representación. La imagen en la mente es la de un objeto particular, aunque su aplicación en nuestro razonamiento sea la misma que si fuera universal.”⁷¹

Si la naturaleza de las ideas son las impresiones, y solo podemos percibir o representarnos una cosa por vez, es claro que la naturaleza de las ideas abstractas deberá ser la reunión que hacemos de esos grados de cantidad y cualidad de un objeto en la mente “de manera tan imperfecta como pueda servir a los fines de la vida: esa es la segunda proposición que me había propuesto explicar.”⁷²

Desde luego, es la viva semejanza que hallamos entre los objetos lo que nos lleva naturalmente a darles un mismo nombre que los representa universalmente a todos, sin importar las normales variaciones o alteraciones en las propiedades de ese objeto o especie: “Después de haber adquirido una costumbre tal, la audición de ese nombre nos lleva a revivir la idea de uno de esos objetos, y lleva a la imaginación a concebirlo con todas sus circunstancias y proporciones peculiares.”⁷³ Pero ninguna palabra o sonido que nombra un objeto particular tiene el poder de despertar o contener, de golpe, un sinnúmero de costumbres, así que la costumbre revivida nos ofrece otra idea asociada a esa única palabra que aviva otra costumbre conveniente a ese sonido que representa la generalidad de ese objeto o especie.

Podemos colegir de lo anterior para la conformación de las ideas abstractas lo siguiente:

⁷¹ Ibíd. p. 110

⁷² Ibíd.

⁷³ Ibíd. pp. 110-111

PRIMERO: la mente es finita, por tanto, su capacidad para formar ideas también lo es, entonces, la mente sí puede hacerse una idea correcta de cantidad y cualidad de un objeto o especie.

SEGUNDO: es imposible tener idea de un objeto o especie sin una noción precisa de los grados de cantidad y cualidad.

TERCERO: la representación o abstracción en la mente de la cualidad y cantidad de un objeto es posible por:

- la diferencia, la distinción y separación de los objetos en la imaginación.
- la irrupción de un objeto en la mente por parte de las impresiones determinadas por la noción precisa de los grados de cantidad o cualidad.
- la individualidad de cualquier cosa presente en la naturaleza junto con la imagen que la mente retiene de esa única cosa.

Es decir, la mente solo puede concebir un objeto particular a través de las impresiones sensibles determinadas por la cualidad y cantidad abstraídas del objeto individual, y solo por una articulación fónica que nombra ese determinado objeto particular, semejante por la conjunción a tantos otros, podemos reunirlos y representarnos la idea general que la costumbre asocia bajo una nueva idea particular: “Una idea particular se convierte en general al ser unida a un término general, esto es, a un término que por una conjunción debida a la costumbre guarda relación con muchas otras ideas particulares y las hace fácilmente presentes a la imaginación.”⁷⁴

Podemos concluir de las ideas abstractas su origen en las ideas particulares. Una idea simple se forma de una impresión simple y una impresión simple de los grados de cantidad y cualidad de un objeto particular que es separable,

⁷⁴ Ibíd. p.113

distinguible y diferente de otro objeto por la imaginación; la representación universal de ese objeto se debe a la semejanza entre varios objetos que aumentan el término de ideas al ser pronunciado bajo un mismo nombre que la costumbre generaliza: “Si las ideas son particulares por naturaleza y a la vez finitas en número, solamente por costumbre pueden hacerse generales en su representación y contener bajo sí un número infinito de ideas.”⁷⁵

Epilogo sobre el primer capítulo

La prioridad del cuerpo humano en el sistema filosófico de Hume, basado en las naturales percepciones de la mente, es preclaro. Evidentemente, el solo hecho de las impresiones es una fiable certidumbre de la influencia del cuerpo en las diferentes clases de percepciones de la mente, de ahí la viva concordancia entre el origen, la conexión, la composición y abstracción de las ideas que inician en las impresiones que conectan con las facultades naturales ineludibles para la conformación de los principios y relaciones de las ideas filosóficas corroboradas por los dos primeros principios que establece Hume en su discurso filosófico como lo sean las impresiones que anteceden a las correspondientes ideas, y la libertad de la imaginación para asociar las ideas. Entre tanto, las facultades, la experiencia, la costumbre, la abstracción conciernen, sin duda, al cuerpo humano sensible. La prioridad de las impresiones para las ideas, la semejanza, la conjunción constante, las cualidades, su percepción es posible por la sola presencia del cuerpo humano.

Podemos ver cómo la naturaleza del cuerpo humano toma forma en la composición de las ideas. Las percepciones son de la mente y todo cuanto concierne a la mente debe sentirse. Las percepciones de impresión son primarias y constituyen las percepciones de ideas. La semejanza entre la impresión y la idea es básica y su diferencia es completamente natural debida por entero a los

⁷⁵ Ibíd. p. 115

órganos sensibles del cuerpo humano que sienten (no es redundante) una sensación fuerte, viva, vivaz, intensa de la que surge la idea, o débil copia, de esa impresión correspondiente. El preámbulo del cuerpo sensible que tolera la impresión y la correspondiente concepción de la idea son auténticamente natural. La percepción de la impresión simple produce una idea simple que a su vez actúa en la composición de la idea compleja que representa, por asociación, lo universal de lo individual, además de deducirse la existencia, causas y efectos por parte de las percepciones de la mente. Sin las impresiones sería difícil convencernos de algo. Desde luego, percibimos una sensación o impresión antes de formarnos una idea de nada, y esa percepción sensible es suficiente para la apreciación de cierta conjunción constante de percepciones semejantes, o impresiones e ideas, que asegura la existencia primaria de las impresiones sobre las ideas según la primera aparición de la impresión, como también establece que las unas son la causa de la existencia de las otras, es decir, la percepción de la impresión es origen tanto de la existencia como de la causa de nuestras ideas, lo cual compromete a la sensibilidad empírica del cuerpo orgánico. La percepción sensible del primer y segundo principio de la ciencia humana que dicen que el origen de las ideas se encuentra en las impresiones y que la imaginación es dueña de combinar las ideas es natural y corresponde a cada cual asentir la prioridad de las impresiones del cuerpo sensible a este respecto. Suponemos las ideas pero no su naturaleza y rara vez indagamos su origen; a esto se presta la impresión que dirige la idea. Las impresiones son sensaciones que reflexionamos. En efecto, de dónde provienen nuestras ideas de memoria e imaginación, de asociación y relación, de sustancia y abstracción. Las impresiones condicen, restringen y prefiguran estas ideas. Las cualidades o la colección de cualidades de la idea de un objeto son perceptibles en el objeto por la misma cualidad o cantidad que hace diferente, distinto y separable un objeto de otro por la imaginación, o, mejor aún, la impresión de los grados de cualidad o cantidad de la imagen de ese objeto particular en la mente o la coloración luminosa que proyecta y que hieren los sentidos, son las requeridas impresiones que percibimos y conciben la

correspondiente idea dotada de la misma singularidad de la impresión. La intervención del cuerpo humano o los órganos sensibles en la elaboración de los pensamientos e ideas de la mente es declarada. Las percepciones de la mente son las percepciones de los sentidos: “tiene el mundo mental efectos tan extraordinarios como el natural.” No podemos obviar la sensibilidad ni los directos resultados de las afecciones; las cualidades originales allí presentes conforman la naturaleza humana de la mente “-cualidades que yo no pretendo explicar-.”⁷⁶ Dice Humé: “Nada le es más necesario a un filósofo de verdad que el refrenar los inmoderados deseos de buscar las causas;”⁷⁷ lo cual es adecuado a la natural sensibilidad del cuerpo humano.

⁷⁶ *Ibíd.* p. 101

⁷⁷ *Ibíd.*

CAPITULO II
CONSIDERACIONES DE LOS SENTIDOS DE LOS ÓRGANOS DE LA VISTA Y
DEL TACTO PARA LA CONCEPCIÓN DE LAS IDEAS DE ESPACIO Y DE
TIEMPO

Trataremos de extender la idea de la presente tesis, que intenta connotar las sensaciones del cuerpo humano para la conformación de los pensamientos o, si se quiere, de los órganos sensibles y facultades naturales como preámbulo de las subsecuentes ideas de la mente, y dilatar la presencia sensible del cuerpo orgánico a las ideas de espacio y tiempo, o extensión y duración, que se prolongan en una supuesta divisibilidad infinita.

Consideraremos las siguientes propuestas para la conformación de las ideas de Espacio y Tiempo, según la radical intervención de los órganos sensibles de la vista y el tacto junto con la percepción sensible del objeto cuya reducción a una última partícula o extensión indivisible de ese fragmento o minimum es incapaz de subsiguientes disminuciones infinitas imposibles de concebir para los sentidos y la mente; consideraciones que no sobrepasan en modo alguno las sensaciones y las representaciones de las cosas que concurren en las diversas impresiones de cualidad y cantidad perceptibles para las distinciones de la imaginación.

Desde luego, el espacio y el tiempo como ideas están presentes a la mente y sujetas a los sentidos, es decir, cobran vigencia en la sensibilidad del cuerpo humano, y sea por la partícula o por la totalidad de algo perceptible, concebimos las ideas de espacio y tiempo que se involucran conjuntamente y solo por su

incidencia sensible podremos disuadirnos de la infinita divisibilidad de dichas ideas.

“No ha podido hacerse descubrimiento más feliz para resolver todas las disputas relativas a las ideas que el principio antes mencionado, según el cual, las impresiones preceden siempre a las ideas, y toda idea con que está dotada la imaginación ha hecho primero su aparición en una correspondiente impresión.”⁷⁸

Consideraciones para la imposibilidad de la divisibilidad infinita de las ideas de espacio y tiempo.

-La limitada capacidad de la mente.

-La parte o partícula.

-La indispensabilidad del objeto.

Los anteriores enunciados son las prudentes consideraciones que manifiestan la posibilidad de las ideas de espacio y tiempo y conciernen a la percepción de las cosas físicas o naturales asociadas a los sentidos del cuerpo humano.

La mente

Todo el mundo está conforme con que la capacidad de la mente es limitada y no puede alcanzar jamás una comprensión completa y adecuada de lo infinito.⁷⁹

La idea de una parte que pudiese dividirse infinitamente conlleva la idea de un número infinito de partes sin posibilidad de término alguno en las partes y la división de las partes, de lo contrario se detendría la ininterrumpida secuencia infinita, pero contamos con el principio de que la capacidad de la mente es limitada

⁷⁸ Ibíd. p. 126

⁷⁹ Ibíd. p. 117

y por tanto puede formarse una idea precisa o correcta de la parte o cualidad finita que la mente se representa y, “que mediante distinciones y separaciones adecuadas, nos es posible reducir esa idea en sus ideas inferiores, perfectamente simples e indivisibles.”⁸⁰

La capacidad de la mente es limitada por los sentidos; naturalmente los órganos sensibles solo nos proporcionan percepciones y que no pueden descubrirnos algo más que lo más remoto de una simple sensación cuya impresión es clara e indiscernible y de la cual concebimos una idea a su vez simple que la mente no obvia dividir infinitamente y cuya individualidad es patente en la imaginación:

“Al rechazar la capacidad infinita de la mente, suponemos ya que esta puede llegar a un término en la división de sus ideas;...es cierto que la imaginación alcanza un mínimo y que puede dar lugar a una idea de la que no podemos concebir una subdivisión ulterior ni puede disminuirse sin ser completamente aniquilada.”⁸¹

Si la mente puede concebir la idea de la parte como el último fragmento de un todo, imposible de una subdivisión ulterior, es porque los sentidos reconocen o toleran la imagen reproducida: “Lo que consta de partes es analizable o distinguible en ellas, y lo que es distinguible es separable.”⁸²

Hume propone la adecuada idea de un grano de arena que la mente concibe y cuya representación para la imaginación es imposible dividir continuamente en algo más que en una idea de un grano de arena: “Lo mismo que con las ideas de la imaginación sucede con las impresiones de los sentidos.”⁸³

⁸⁰ *Ibíd.* p. 118

⁸¹ *Ibíd.*

⁸² *Ibíd.*

⁸³ *Ibíd.* p. 119

La precepción de lo percibido puede variar rotundamente según la posición que adoptemos frente al objeto percibido; empero, siendo conscientes de ese algo percibido, tal variación de la percepción, (no del objeto) crezca o disminuya nos acerquemos o alejemos, la sentimos por la distancia a que nos encontremos de lo percibido, lo cual conserva su distinción a pesar de lo lejos o cerca que podamos hallarnos de su representación, es decir, sigue siendo para la mente un imposible la subsiguiente división de esa parte antes apreciada por los sentidos e incapaz de una escisión infinita para la mente:

“No es por falta de rayos de luz que hieran nuestros ojos por lo que las partículas de los cuerpos distantes no transmiten una impresión sensible, sino por estar alejadas a una distancia mayor de aquellas en que sus impresiones se han reducido ya a un **mínimum** y son incapaces de ulterior disminución.”⁸⁴

La inclusión de la luz en el sistema filosófico de Hume es relevante. Tal vez, nuestras imágenes o representaciones de los objetos que nos impresionan serían difíciles o imposibles de percibir sin la anticipación de la luz y menos aún para las partes más exiguas. Lo que sea que la luz ilumine será reconocible o discernible por el órgano visual y sea lo que sea que se halle alejado de la luz las imágenes serán nulas, pues al encontrarse cualquier cosa alejada de la luz, la percepción visual será sumamente complicada de que nos impresione. Es más, ni siquiera los artefactos que incrementan la percepción natural de un órgano resuelven nada:

Un microscopio o un telescopio, que hacen visibles tales partículas, no producen nuevos rayos de luz, sino que se limitan a desmenuzar los rayos que en todo momento fluían de ellas, parcelando de este modo impresiones que a simple vista

⁸⁴ Ibíd.

parecían simples e indivisibles, y alcanzando además un *mínimum* antes imperceptible.⁸⁵

Según Hume, de los objetos o partículas fluyen constantemente rayos de luz, es decir, se reflejan al órgano visual que sufre la impresión de esa partícula lumínica que percibe porque sus haces de luz afectan los sentidos y, por tanto, distingue tal objeto o partícula como indivisible.

Con todo, es verdad que podemos formar ideas que no serán mayores al más pequeño átomo de los espíritus animales de un insecto mil veces más pequeño que el *animáculo* más diminuto; sin embargo, lo que debemos concluir de ello es que la dificultad está más bien en extender nuestra capacidad de aprehensión hasta conseguir hacernos una noción precisa de ese *animáculo*, o incluso de un insecto mil veces más pequeño.⁸⁶

Desde luego, sabemos que para poder tener noción de alguna idea necesitamos contar con una impresión precisa que represente las partes más diminutas que puedan formar alguna cosa, que ciertamente la divisibilidad infinita imposibilita, “y extraordinariamente difícil si adoptamos el de las partículas indivisibles o átomos, por razón del gran número y multiplicidad de esas partículas.”⁸⁷

Entre tanto, si la capacidad de la mente es finita las ideas que ella se forme deberán serlo también, pues la imaginación no va más allá del *mínimum* percibido por las impresiones de los sentidos y sea la idea de un grano de arena o de un átomo animal podemos diferenciarlo y separarlo según la parte más diminuta o finita perceptible.

La parte o partícula

⁸⁵ *Ibíd.*

⁸⁶ *Ibíd.* p. 120

⁸⁷ *Ibíd.*

Siempre que las ideas sean representaciones adecuadas de los objetos podrán aplicarse a estos las relaciones, contradicciones y concordancias de las ideas, cabe observar, en general, que esta es la base de todo el conocimiento humano. Pero nuestras ideas son representaciones adecuadas de la parte más pequeña de la extensión; y sean las que sean las divisiones y subdivisiones que podamos suponer para llegar a tales partes, estas no podrán llegar nunca a ser inferiores a algunas ideas que nos formamos.⁸⁸

Se supone que la divisibilidad infinita consta de un número infinito de partes, pues de lo contrario llegaríamos a una parte indivisible que detendría la divisibilidad infinita.

Hume dice:

Si una extensión finita es infinitamente divisible, no puede haber contradicción en suponer que una extensión finita contiene un número infinito de partes. Y viceversa, si fuera una contradicción el suponer que una extensión finita consta de un número infinito de partes, ninguna extensión finita sería infinitamente divisible. Pero la consideración de mis ideas claras me convence en seguida de que esta última suposición es absurda.⁸⁹

Desde luego, lo que consta de partes no es infinitamente divisible y mucho menos lo será la parte mínima que alcance a percibir los sentidos.

La indispensabilidad del objeto

“Todas estas percepciones últimas son tan claras y evidentes que no admiten discusión; en cambio muchas de nuestras ideas son tan oscuras que es casi

⁸⁸ *Ibíd.* pp. 120-121

⁸⁹ *Ibíd.*

imposible -incluso para la mente que es quien las forma- decir exactamente su naturaleza y composición.”⁹⁰

El principio rector de la filosofía de Hume confiere tal fuerza a su sistema que su sola consideración produce una idea de irrefragabilidad e imposición, pero la percepción sensible a este respecto es bastante convincente para la persona que repara en los sentidos del cuerpo humano.

La mente forma las ideas de las impresiones más sutiles que pueda concebir el mínimo de la imaginación a partir de las percepciones más pequeñas que se representen los órganos sensibles y cuya imagen limita las representaciones de la mente, pero a la vez hace posible diferenciar claramente las ideas. La idea de extensión o de la partícula mínima que compone la idea de extensión, sea el átomo o el punto, como la idea de duración o sucesión de partes o momentos, necesitan ser conferidas por una respectiva impresión, así que las ideas de espacio y tiempo deben derivar de la sensación.

La extensión o distancia se encuentra delimitada por el objeto. La extensión puede ser un objeto o partícula extensa, pero también la distancia interpuesta entre ellos, o en otras palabras, solo tenemos idea de la distancia por el espacio entre uno y otro objeto o partícula. “Al abrir mis ojos y volverlos sobre los objetos circundantes, percibo muchos cuerpos visibles; al cerrarlos de nuevo y considerar la distancia que media entre esos cuerpos adquiero la idea de extensión.”⁹¹

De nuevo, la división de las impresiones facilita la idea de extensión. Tal idea debe ser representada por una sensación o una reflexión, pero la impresión interna, sea una pasión o emoción, no concierne a la idea de extensión o mejor aún, una

⁹⁰ *Ibíd.* p. 122

⁹¹ HUME, David. *Tratado de la naturaleza Humana*. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 126

pasión o deseo no nos figuran nada: “Solamente los sentidos, por consiguiente, pueden trasmitirnos esta impresión original.”⁹²

De los sentidos que nos deparen la impresión de extensión dependerá formalmente la idea de espacio: “Esta es la cuestión fundamental, y que decide sin apelación posible en lo que respecta a nuestra idea de espacio.”⁹³

La intervención del punto y el color para concepción de la idea de extensión o espacio es determinante para su representación en la mente según la percepción sensible del objeto.

Me basta con ver la mesa que tengo ante mí para proporcionarme por su solo aspecto la idea de extensión. Esta idea, pues, representa y procede de alguna impresión que en este momento aparece a los sentidos. Pero mis sentidos me transmiten solamente impresiones de puntos coloreados, dispuestos de cierta manera. Si el ojo es sensible a algo más, deseo que alguien me lo señale. Y si es imposible mostrar algo más, podemos concluir con certeza que la idea de extensión no es sino una copia de estos puntos coloreados y del modo en que aparecen.⁹⁴

Ahora concebimos un objeto extenso “o composición de puntos coloreados” por las impresiones originales del órgano visual herido por los colores de los puntos, es decir, un punto es una extensión coloreada por la que definimos el objeto extenso visualmente, aún más, la diversidad de los colores no distorsiona la extensión porque tales puntos coloreados se encuentran dispuestos de modo semejante que configuran la extensión del objeto. Dicha semejanza puede prescindir de los colores de los puntos dispuestos y aun así el tacto lograr una percepción de la extensión. El órgano táctil o la sensibilidad de las manos pueden

⁹² *Ibíd.* pp. 126-127

⁹³ *Ibíd.* p. 127

⁹⁴ *Ibíd.*

percibir tal semejanza, entre los órganos de la vista y el tacto, y abstraer la disposición del objeto extenso:

Más aun, hasta cuando la semejanza se lleva más allá de los objetos de un solo sentido, y se encuentra que las impresiones del tacto son similares a las de la vista en la disposición de sus partes, no existe obstáculo para que la idea abstracta represente a ambas impresiones, habida cuenta de su semejanza. Todas las ideas abstractas no son en realidad sino ideas particulares consideradas, bajo cierto respecto, pero al ser unidas a términos generales son ya susceptibles de representar una extensa variedad, y de contener objetos que, aun siendo semejantes en ciertos puntos, están en otros ampliamente separados.”⁹⁵

Luego, la idea de extensión es perfectamente reconocible tanto por la percepción de la vista como por la del tacto. Nuestras percepciones en todo caso son amistosas con la sensación, no se encuentra vacías ni se desamparan en sus similitudes, es decir, los órganos de los sentidos no se interrumpen en sus funciones, simplemente se acompañan cuando son afectados por los objetos para conformar las ideas. Las impresiones del órgano visual concernientes a la luz y el color son cualidades de la extensión que nos otorgan información precisa de lo que perciben. El punto es la impresión de una extensión indivisible, lo más pequeño o mínimo que la percepción sensible pueda representarse para formar la idea de la parte indivisible. Seguramente si son las percepciones de impresión de sensación las que nos vinculan con la idea de espacio según la sucesión de las percepciones que nos procuran los órganos del contacto o la vista de la forma o la distancia que representa los objetos, entonces seguramente podemos columbrar que la idea de tiempo no puede hallarse desvinculada de la de espacio que de alguna forma lo conlleva:

⁹⁵ Ibíd.

Como es de la sucesión de nuestras percepciones de todo tipo, sean ideas o impresiones, sean impresiones de reflexión o de sensación que es de donde se deriva la idea de tiempo, esa idea nos proporciona un ejemplo de idea abstracta que comprende una variedad mayor aun que la de espacio, y que sin embargo se representa en la fantasía mediante alguna idea particular e individual de una determinada cantidad y cualidad.⁹⁶

Sin duda, es la sucesión de nuestras percepciones sensibles las que nos darán una noción precisa de lo que toleramos por tiempo:

De igual modo que de la disposición de los objetos visibles y tangibles recibimos la idea de espacio, formamos la de tiempo en base a la sucesión de ideas e impresiones; el tiempo, por sí solo, no puede manifestarse ante la mente ni ser conocido por ella...Allí donde no tengamos percepciones sucesivas no tendremos noción de tiempo, aunque haya una sucesión real de objetos.⁹⁷

Sabemos de la extensión de un objeto o de los puntos coloreados que figuran al objeto por su presencia sensible a la vista o al tacto y lo reconocemos como distante de otro por el espacio que los media- espacio que en ningún caso es vacío- y según la sucesión de las percepciones concebimos la idea de tiempo por el movimiento que requiere la misma sucesión. Ver un objeto, cerrar los ojos, mover el cuello o el cuerpo y volver sobre ese objeto u otro, precisan de una percepción que también es una sucesión de movimientos, o en todo caso, vemos sucederse las percepciones por el movimiento nuestro o de nuestros sentidos sobre el objeto inmovible o cedente: “el tiempo no puede aparecer ante la mente, ni aislado ni acompañado por un objeto contantemente inmutable, sino que se presenta siempre mediante una sucesión **perceptible** de objetos mudables.”⁹⁸

⁹⁶ Ibíd. p. 128

⁹⁷ Ibíd. pp. 128-129

⁹⁸ Ibíd.p.129

Hume es bastante claro a este respecto. La idea de tiempo solo nos puede ser dada por la correspondiente sucesión de la percepción sobre el objeto, tal objeto no nos dice nada en relación con el tiempo; es la percepción que incide regularmente sobre el objeto quien nos informa del tiempo; el tiempo es la sucesión de las percepciones y tales percepciones sensibles representan los objetos por los que nos enteramos de la sucesión percibida que conlleva movimiento y la percepción duración:

Es evidente que el tiempo o duración consta de partes diferentes, pues de otro modo no podríamos concebir una duración más larga o más corta. También es evidente que estas partes no coexisten, pues esta cualidad de coexistencia de las partes corresponde a la extensión, que se distingue en esto de la duración.⁹⁹

Si el tiempo son partes o momentos de duración no coexistentes pero sucesivos, se debe a la máxima establecida por Hume, según la cual: “Toda cosa que es diferente es distinguible y toda cosa que es distinguible puede ser separada.”¹⁰⁰ Desde luego, un momento es diferente de otro o largo o corto, por la sucesión percibida de la duración de sus partes inconexas y por tanto, distinguibles y separables por la magnitud de la percepción sensible o la impresión presente que no redunde con otras impresiones y de cuya sucesión perceptible toleramos el tiempo. “La idea de tiempo no se deriva de una impresión particular mezclada con otras y claramente distinguible entre ellas, sino que surge siempre según el modo de manifestación de las impresiones a la mente sin formar parte de ellas.”¹⁰¹

Ese modo es la sucesión de nuestras percepciones, desde luego, la sucesión es mental y se debe por entero al modo en que la mente se representa tal sucesión, que si son de las percepciones han de ser de las impresiones. “Tampoco es una

⁹⁹ *Ibíd.*

¹⁰⁰ *Ibíd.*

¹⁰¹ *Ibíd.*

sexta impresión que encuentre la mente en sí misma por reflexión.”¹⁰² Claro, podría prescindir la mente del objeto o de la impresión del objeto.

La mente debe poseer, ciertamente, las ideas de algunos objetos, de otro modo le sería imposible llegar a concebir el tiempo, que, dado que no se manifiesta como una impresión primaria y distinta, es posible que no sea sino sencillamente las distintas ideas, impresiones u objetos, pero dispuestos de cierto modo; esto es, sucediéndose unos a otros.¹⁰³

Así las cosas, la idea de tiempo para ser sentida no puede prescindir de los objetos. El modo como las impresiones afectan a la mente según la recepción de la sucesión de las percepciones, es el modo como la mente se las representa, es decir, las impresiones de los objetos guardan alguna duración en la sucesión perceptiva, pero si recibimos la idea de tiempo de la sucesión de las percepciones de los sentidos cómo es posible considerar tal idea si detenemos nuestras percepciones sobre el objeto inmutable. Ciertamente el objeto constante no lo hace: “la idea de duración se deriva siempre de una sucesión de objetos mudables, y que nunca puede ser proporcionada a la mente por una cosa fija e inmutable.”¹⁰⁴

Sabemos que la sucesión de nuestras percepciones involucran movimiento, como si no se sucederían, y dan cuenta de la idea de tiempo, pero también debemos considerar si hay tiempo en el reposo o inmutabilidad de los objetos, pero esto bien puede ser una ficción, pues la sucesión de las percepciones es vívida, además, el reposo del objeto no es el reposo de la percepción o, mejor dicho, en los objetos no hay reposo, pues también involucra movimiento, el reposo ciertamente es de la percepción sucesiva o duradera de la mente, de ahí la idea de tiempo.

¹⁰² *Ibíd.* p. 130

¹⁰³ *ibíd.*

¹⁰⁴ *Ibíd.* p. 131

Sea la percepción de la vista o el tacto esta debe ser sucesiva para suministrarnos las ideas de espacio y tiempo. La extensión como la duración son cualidades de tales ideas, por tanto, impresiona los sentidos las previsibles cualidades indivisibles a las que alcanza la percepción. La extensión como la duración son partes que conforman las ideas de espacio y tiempo por la sucesión de las percepciones de los órganos sensibles de los que la mente concibe sus respectivos pensamientos individuales.

Dos sentidos, la vista y el tacto, son los que proporcionan a la mente la idea de espacio: nada que no sea visible o tangible se manifiesta como extenso. Esa impresión compleja que representa la extensión consta de varias impresiones más pequeñas individuales ante los ojos y órganos táctiles, y que pueden denominarse impresiones de átomos o corpúsculos dotados de color y solidez...Solamente la idea de su color o tangibilidad puede hacerlos concebibles por la mente. Si eliminamos las ideas de estas cualidades sensibles quedan aniquilados totalmente dichos átomos por lo que respecta al pensamiento o la imaginación.¹⁰⁵

La parte, o el punto, no pueden prescindir del color en su mínima representación capturada por la percepción de los sentidos y calcada por la mente, entonces, la idea de extensión obedece a la más delicada parte de materia coloreada representable como lo sea el punto:

Si un punto no es coloreado o tangible, no puede proporcionarnos idea alguna, y en consecuencia es imposible que exista la idea de extensión, compuesta por las ideas de estos puntos...No tenemos, por tanto, idea alguna de espacio o extensión más que cuando la vemos como objeto de nuestra vista o nuestro tacto.¹⁰⁶

¹⁰⁵ *Ibíd.* p. 132

¹⁰⁶ *Ibíd.* pp. 132-133

Y como lo que atañe al espacio deberá extenderse al tiempo: “El mismo razonamiento probará también que los momentos indivisibles del tiempo deben llenarse con algún objeto o existencia real, cuya sucesión es la que forma la duración y la hace concebible para la mente.”¹⁰⁷

O

Las ideas de espacio y tiempo no son por tanto ideas separadas o distintas, sino simplemente, las correspondientes al modo u orden de existencia de los objetos. En otras palabras: es imposible concebir un vacío o extensión sin materia, o un tiempo en que no hubiera sucesión o cambio en una existencia real.¹⁰⁸

Los puntos coloreados son elementales en la filosofía de Hume. Su representación nos libra de la infinita divisibilidad de las ideas de espacio y tiempo, considerados los puntos coloreados como partes o partículas cuyas cualidades visibles y tangibles para los órganos sensibles configuran el objeto que posibilita sobremanera la sucesión de nuestras percepciones cuyos instantes o momentos impresionan el modo de representación de la extensión y duración para la mente. Los puntos coloreados conforman el objeto, o los objetos luminosos que también nos libran de las ideas de oscuridad y vacío o extensión pura.

Hume dice:

Un gran filósofo (Locke) ha señalado a este respecto que nuestras percepciones tienen ciertos límites, fijados por la naturaleza y la constitución original de la

¹⁰⁷ *Ibíd.* p. 133

¹⁰⁸ *Ibíd.* p. 134

mente, y que más allá de esos límites no ejercen influencia los objetos externos sobre los sentidos que pueda acelerar o retardar los pensamientos.¹⁰⁹

La capacidad que posee la mente para discernir cosas diminutas proviene de la naturaleza de los sentidos por medio de los cuales se representa las cosas más exiguas e indivisibles de que se pueda tener idea. La percepción a este respecto es infalible: “Una extensión real- como se supone que es un punto físico- no puede existir nunca sin partes diferentes entre sí; y donde hay objetos diferentes, son distinguibles y separables por la imaginación.”¹¹⁰

Además: “La idea de espacio o extensión no es otra cosa que la idea de puntos visibles y tangibles dispuestos en cierto orden.”¹¹¹

La cuestión con la idea de oscuridad y de vacío, que en ningún caso son semejantes o iguales, tiene que ver con el hecho de que si los sentidos antes predichos pueden suministrarnos estas ideas según la visión y el tacto.

Para Hume “la idea de oscuridad” no es un idea positiva, sino simplemente la negación de luz o, hablando con más propiedad, la negación de objetos visibles y coloreados.

Según Hume, ni la suposición del hombre que goza de visión pero ninguna luz advierte ningún objeto perceptible, como la suposición del hombre suspendido en el aire cuyo movimiento pendular no le dice nada sobre algún objeto nos pueden informar sobre estas dos ideas:

“Si parece entonces que ni la oscuridad ni el movimiento, junto con la remoción absoluta de toda cosa visible o tangible, pueden darnos

¹⁰⁹ *Ibíd.* p. 128

¹¹⁰ *Ibíd.* p. 134

¹¹¹ *Ibíd.* p. 152

nunca la idea de una extensión sin materia, o vacío, la cuestión siguiente será la de si pueden darnos dicha idea cuando están combinados con algo visible y tangible.”¹¹²

Sospechamos inmediatamente que los órganos sensibles son los apropiados para resolver dicha incertidumbre y sin los cuales las percepciones de los objetos podrían fijar las ideas de oscuridad y vacío:

“Debemos suponer que en medio de una total oscuridad hay cuerpos presentes a nosotros que son luminosos,...No es adecuado suponer una remoción perfecta de todos los objetos...debemos conceder que algo sea percibido por el tacto, y que después de un intervalo y un movimiento de la mano- u otro órgano sensorial- se encuentra otro objeto al tacto, y así sucesivamente, con tanta frecuencia como queramos.”¹¹³

La percepción de los objetos es indispensable para la dilucidación de tales ideas. Indudablemente los órganos sensibles perciben los puntos coloreados dispuestos de cierto modo por el cual asumimos la forma de los objetos que vindican las ideas de oscuridad y vacío. La percepción del objeto o color luminoso como la tangible de los puntos coloreados hacen imposible concebir tales ideas; además, el intervalo de las percepciones sensibles cuyo vacío supone una distancia o extensión sin materia, por la misma percepción o sensación de vacío, es perfectamente completada o recuperada por la misma percepción que puede intervenir esa ficticia distancia o extensión sin cuerpos: “Pero como la distancia no es en este caso una cosa coloreada o visible, puede pensarse que hay aquí un

¹¹² *Ibíd.* p. 155

¹¹³ *Ibíd.* p. 156

vacío o extensión pura no solo inteligible a la mente, sino evidente para los mismos sentidos.”¹¹⁴

Sin embargo, son los mismos sentidos los que nos libran de tal percepción, es decir, si la oscuridad y el vacío son aprobados por los sentidos los aprueban, también son los sentidos los adecuados para concebir la posible omisión de tales ideas para la mente.

Y así como ni la ceguera ni la oscuridad nos proporcionan idea alguna de oscuridad del mismo modo es imposible que la distancia oscura e indistinguible que media entre dos cuerpos pueda jamás producir tal idea...La única diferencia entre una oscuridad absoluta y la aparición de dos o más visibles objetos luminosos consiste, como he dicho ya, en los objetos mismos y en el modo como afectan a nuestros sentidos...También podemos ilustrar esto considerando el sentido del tacto, y la imaginaria distancia o intervalo entre objetos tangibles y sólidos.¹¹⁵

Los indubitables sentidos condicionan la supresión de tales ideas imposibles de concebir para la mente. Nada es oscuro y nada es vacío, la luz y el movimiento a este respecto competen a la solución de estas objeciones matemáticas que están a favor de la infinita divisibilidad del espacio y del tiempo o de la extensión y la duración perceptibles por la vista y el tacto: “Pero aunque, por si solos, o acompañados por objetos tangibles y visibles, el movimiento y la oscuridad no nos deparan idea alguna de vacío, o extensión sin materia, son sin embargo las causas por las que erróneamente imaginamos que podemos formarnos una idea tal.”¹¹⁶

¹¹⁴ *Ibíd.*

¹¹⁵ *Ibíd.* p. 157

¹¹⁶ *Ibíd.* p. 158

Dice Hume: “La sensación de movimiento es la misma cuando no hay nada tangible interpuesto entre dos cuerpos y cuando tocamos un cuerpo compuesto cuyas diferentes partes están situadas unas tras otras.”¹¹⁷

Lo cual es de suma importancia; el movimiento pendular que no choca con nada bien puede ser sentido como temporal lo mismo que cuando topamos con algo intermitentemente tangible, sobre el mismo objeto u otro diferente, anulando por entero las ideas de oscuridad y vacío, en tanto la experiencia coopere con tales sensaciones:

Allí donde hay un objeto al que no podemos tocar después de otro sin que medie un intervalo y sin que percibamos en nuestra mano, o en otro órgano sensorial, esa sensación que llamamos movimiento, la experiencia nos enseña que es posible tocar el mismo objeto, con la misma sensación de movimiento, juntamente con la impresión interpuesta de objetos sólidos y tangibles que acompañen a la sensación...Una distancia invisible e intangible puede convertirse en visible y tangible sin cambio alguno en los objetos distantes.¹¹⁸

Lo mismo que “no hay obstáculo para convertir la distancia invisible e intangible en la visible y tangible. Pero por natural que pueda parecer esa conversión, no podremos estar seguros de que es practicable hasta haber tenido experiencia de ella.”¹¹⁹

La intervención de la experiencia es fundamental para la omisión de las ideas de oscuridad y vacío. La percepción de los sentidos nos permite consolidar que tanto el movimiento como la oscuridad no nos señalan algo así como un vacío, o extensión pura, hayan o no objetos. La distancia que media entre uno y otro objeto puede ser interrumpida por otros objetos; los puntos coloreados se prestan a este supuesto vacío, su incorporación a cualquier tipo de distancia puede hacer

¹¹⁷ *Ibíd.*

¹¹⁸ *ibíd.* pp. 158-159

¹¹⁹ *Ibíd.* p. 163

perceptible tal vacío en una extensión definible por la sensación de interposición de los puntos entre la distancia del objeto ahora representado o mejor dicho, perceptible:

“Aunque no haya nada visible o tangible interpuesto entre dos cuerpos, vemos con todo por experiencia que los cuerpos pueden estar situados con respecto a la vista de igual modo que si estuvieran separados por algo visible y tangible, y que igualmente pueden requerir que la mano se mueva al pasar del uno al otro con idéntico movimiento. También por experiencia se halla que esa distancia invisible e intangible tiene la capacidad de admitir cuerpos, o sea de llegar a hacerse visible y tangible”¹²⁰.

Compendio de las consideraciones

La capacidad de la mente es limitada porque las percepciones a su vez son limitadas por la naturaleza de los sentidos los cuales solo alcanza a sentir o percibir ciertas cosas diminutas como la parte o partícula que es un objeto y a la vez la reunión de sus distintas partes conforman el objeto. La partícula es una extensión o espacio que es un punto indivisible y coloreado, de ahí que sea materia perceptible hasta cierto mínimo para la imaginación de la que la mente concibe la idea de extensión sin poder escindir tal idea en otras ideas porque eso sería aplicar la divisibilidad infinita a algo que la percepción de la impresión ha constatado como indivisible por los órganos sensibles finitos. Las impresiones sensibles declaran las ideas de espacio y tiempo; los puntos coloreados dispuestos de cierto modo son el objeto luminoso cuya percepción visual o táctil definen su extensión y por los cuales la sucesión de nuestras percepciones se percatan de la duración o tiempo que es el modo como la mente asimila las impresiones, es decir, las ideas de espacio y de tiempo no pueden prescindir de

¹²⁰ *Ibíd.* pp. 163-164

los objetos y estos de la partícula indivisible (el átomo, el punto) para la formación de sus ideas en la mente, del mismo modo que ni la oscuridad ni el movimiento nos proveen la idea de extensión sin materia o vacío, pues para la percepción de los sentidos la oscuridad no es más que la ausencia de objetos coloreados o las impresiones visibles o tangibles de los mismos y el movimiento de dichos órganos perciben las sensaciones que complementan el supuesto vacío, además, toda extensión sin materia como se supone que es el vacío puede ser rellenada con otros cuerpos que ocuparían tal vacío omitiendo así la distancia invisible.

Entre tanto la divisibilidad infinita no es aplicable a las ideas de espacio y tiempo porque las cualidades de la extensión (color) y la duración (corto) pueden ser captadas por los órganos sensibles del tacto y la vista los cuales son afectados por los objetos o partículas que la mente se representa y de los que extraemos nuestras impresiones y desde luego nuestras ideas simples e indivisibles.

Epilogo sobre el segundo capítulo

No podemos denigrar de los sentidos y rebajarlos a simples órganos engañosos por la sola restricción natural de sus capacidades cuya falsa apariencia compromete nuestro modo de conocimiento.

De cualquier manera que apreciemos los órganos corporales no podemos deshacernos de las sensaciones transmitidas, son los legítimos elementos sensibles adecuados para la recepción de las percepciones allegadas a la mente. La percepción sensible de las impresiones e ideas son adecuadas al objeto, no tiene caso querer prescindir de su fuerte presencia y su constancia y por la evocación que la mente regularmente hace de los mismos para proveerse de ideas, y sin los cuales serían vanas la diferencia, la distinción y la separación que la imaginación hace de ellos para resolver los inconvenientes abstractos. Sin duda, nuestras percepciones sensibles y mentales toleran ciertas cualidades que la naturaleza otorga y pone en las cosas y más allá de esas impresiones es inútil

forzar los sentidos y sus comprensiones. La idea de espacio sería imposible de concebir sin los órganos de la visión y el tacto y estos sin el color y la forma del objeto que se representan, al igual que el tiempo sería inconcebible sin las percepciones sucesivas de nuestros sentidos aplicados a las cosas mudables, es decir, las ideas de espacio y de tiempo cobran vigencia según percibamos la disposición de los objetos y la sucesión de nuestras impresiones e ideas lo que viene siendo la extensión y la duración de su respectiva sensación. Ver y tangir son sensaciones semejantes de los órganos del cuerpo humano que provienen de las impresiones correspondientes al objeto o las perceptibles cualidades de la figura o cuerpo luminoso. La luz de los objetos, o mejor, de los puntos coloreados que componen una extensión son ajustados al órgano visual o táctil. Nada que no podamos ver o tangir es una extensión. Dicha extensión o distancia (son sinónimos para Hume) no pueden ser otra cosa que una sensación del más diminuto fragmento o partícula indivisible como el átomo o el punto que son indivisibles por la impresión perceptible de sus cualidades y que prefiguran el objeto que no es otro que la extensión o los puntos coloreados dispuestos en cierto modo u orden, lo mismo que el tiempo es la sucesión de las impresiones e ideas. Reitero la cabal naturaleza de los órganos sensibles del cuerpo humano por los cuales percibimos las distintas y variadas cosas que afectan la sensibilidad del cuerpo orgánico y cuyas sensaciones podemos conferir como antecesoras de los pensamientos regulados por la interacción de los sentidos con los objetos cuya percepción es básica: “nunca fue mi intención penetrar en la naturaleza de los cuerpos o explicar las causas secretas de sus operaciones...jamás podremos conocer de otra manera los cuerpos que por las propiedades externas manifiestas a los sentidos.¹²¹

Hume es explícito frente a las ideas de espacio y de tiempo, las cuales no son algo así como entidades suprasensibles infinitamente divisibles y abstractas, la impresión del objeto es la preclara intención de sus ideas y del cual la experiencia

¹²¹Ibíd. p. 164

toma parte; tenemos ideas de ellas porque tenemos sensaciones, o mejor dicho, están presentes a los sentidos de la vista y el tacto y ampliamente reconocidos por la mente, es decir, el espacio y el tiempo o extensión y duración son perceptibles por los órganos del cuerpo humano:

“De momento me conformo con conocer perfectamente el modo como los objetos afectan mis sentidos, así como las conexiones que establecen entre sí, en tanto en cuanto la experiencia me informe de ello. Esto me basta para conducir mi vida; y esto basta también para mi filosofía, que únicamente pretende explicar la naturaleza y causas de nuestras percepciones, esto es, de nuestras impresiones e ideas”¹²².

¹²² *Ibíd.*

CAPITULO III

DE LA VITAL IMPORTANCIA DE LOS SENTIDOS DEL CUERPO ORGÁNICO SENSIBLE PARA LOS SENTIMIENTOS DE LA MENTE QUE PROVOCA LA IDEA DE CREENCIA

“Es imposible razonar correctamente sin entender a la perfección la idea sobre la que razonamos; y es imposible entender perfectamente una idea sin llevarla a su origen, examinando la impresión primera de que procede. El examen de la impresión confiere claridad a la idea, y el examen de la idea confiere una similar claridad a todo nuestro razonamiento.”¹²³

La idea o la naturaleza de la creencia es una de las partes fundamentales dentro del sistema filosófico de David Hume cuyo método, expuesto en la anterior cita, es la base requerida para la sustentación del sentimiento de la creencia que involucra sobremanera la relación filosófica y natural de la causalidad, que a su vez introduce la contigüidad y sucesión indispensables para la manifestación de la idea de causa y efecto y sin las cuales sería inviable tal relación debida a que la contigüidad y sucesión son el preámbulo necesario de la relación de causalidad o de cuestiones de hecho.

Debemos igualmente decir que en lo referente a la inferencia de la percepción de la conexión entre objetos, tanto el Tratado como Las Investigaciones presentan

¹²³ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 177

posturas contrarias en las cuales yo no pienso intervenir ni tomar parte, sólo hare referencia a las definiciones del sentimiento de creencia, pues en el Tratado mientras que por experiencia y razonamiento podemos tolerar la inferencia de la conexión entre objetos que prolongan y aseguran la relación causal, en las Investigaciones ni por experiencia ni por razonamiento llegamos a tal inferencia. Por lo demás, solo incumbe a nuestro asunto la vital intervención de los órganos sensibles en la relación causal, pues esta se vincula con la experiencia que se obtiene únicamente de las percepciones sensibles.

La causalidad es una relación filosófica y natural que no surge de alguna cualidad que defina a todas las especie o las reúna: “aunque es evidente que no hay ninguna cualidad que pertenezca universalmente a todos los seres y les dé derecho a esa denominación”.¹²⁴ Además: “Cuando dirijo mi vista a las cualidades conocidas de los objetos descubro de inmediato que la relación de causa y efecto no depende en lo más mínimo de ellas.”¹²⁵

Entonces: “La idea de causalidad deberá, pues, derivarse de alguna relación entre objetos; y es esa relación la que intentaremos ahora descubrir.”¹²⁶

La contigüidad de los objetos me percata de que se encuentran relacionados entre sí y que esta contigüidad acompaña siempre a la causa y efecto “de modo que nada puede actuar en un tiempo o espacio separado- por poco que sea- del correspondiente a su propia existencia.”¹²⁷ A la distancia parecemos que los objetos se producen y corresponden sin dificultad pero de cerca podemos constatar que lo que los reúne es una conexión que denominamos causalidad “enlazando de este modo los objetos distantes” conexión que no surge en ningún caso de algo particular porque un objeto por sí solo no produce ni resulta nada, de ahí que la contigüidad de los objetos sea requerida para la conexión causal.

¹²⁴ *Ibíd.* p. 178

¹²⁵ *Ibíd.* p. 180

¹²⁶ *Ibíd.* p. 178

¹²⁷ *Ibíd.*

La sucesión se encuentra asociada al tiempo como manifestación primera de la aparición de la causa sobre su efecto correspondiente. Debe haber una sucesión en el tiempo por corto que sea entre la causa y el efecto de lo contrario la simultaneidad se adelantaría a todos los sucesos haciendo posible preverlos sin observación previa: “La consecuencia de esto sería nada menos que la destrucción de la serie causal que observamos en el mundo y, de hecho, la absoluta aniquilación del tiempo.”¹²⁸ Desde luego, la simultaneidad no permite ninguna intervención temporal debido a la ininterrumpida sucesión de la causa al efecto y del efecto a su causa sucesivamente en infinito, entonces “es claro que no existiría algo así como la sucesión, y todos los objetos deberían ser coexistentes.”¹²⁹

Entre tanto, ni la relación de contigüidad ni la relación de sucesión bastan para la corroboración de la causalidad porque por más que haya una contigüidad entre los objetos o uno sea anterior a otro no descubrimos causa alguna de su existencia: “Hace falta una CONEXIÓN NECESARIA. Y esta relación tiene mucha más importancia que cualquiera de las dos mencionadas.”¹³⁰

Igualmente, para este asunto de la causalidad se requiere de la promisoria división de las impresiones que salvaguardan la solución de los distintos problemas como por ejemplo “¿Cuál es la naturaleza de la inferencia que hacemos de unas (causas) a otros, (efectos) y de la creencia por la que confiamos en esa inferencia?”¹³¹

Dice Hume:

¹²⁸ *Ibíd.* p. 179

¹²⁹ *Ibíd.*

¹³⁰ *Ibíd.* p. 180

¹³¹ *Ibíd.* p. 181

“Antes de seguir adelante señalaré tan solo que, aunque las ideas de causa y efecto se derivan tanto de las impresiones de reflexión como de las de sensación, con todo, y en gracia a la brevedad, mencionaré normalmente solo a estas últimas como origen de aquellas ideas. Mi deseo es, sin embargo, que todo lo dicho de estas impresiones pueda extenderse también a las de reflexión.”¹³²

Podemos columbrar a partir del principio que regula las ideas, como sean las impresiones, la idea de creencia como una sensación que atañe a la relación de la causalidad, y esta relación, como la creencia, tienen mucho que ver con las impresiones de la memoria o los sentidos, es decir, con las facultades sensibles de la mente: “Todos nuestros argumentos concernientes a causas y efectos constan de una impresión de la memoria o los sentidos y de la idea de existencia, producida por el objeto de la impresión –o que produce a este- .”¹³³

Sabemos, por ende, que la patente diferencia entre la imaginación y la memoria se fundamenta en como cada facultad afecta a la mente, teniendo en cuenta que: “ambas facultades toman sus ideas simples de las impresiones, y nunca pueden ir más allá de estas percepciones ordinarias.”¹³⁴

La afección producida en la mente que diferencia a las facultades de la memoria y la imaginación es completamente natural y está ceñida a los grados de fuerza y vivacidad de una impresión: “Y, en este punto, creo que todo el mundo convendrá fácilmente conmigo en que las ideas de la memoria son más fuertes y vivaces que las de la fantasía.”¹³⁵

¹³² *Ibíd.*

¹³³ *Ibíd.* p. 190

¹³⁴ *Ibíd.*

¹³⁵ *Ibíd.* p. 192

La distinción de las sensaciones de la memoria y la imaginación son fundamentales para descubrir el nivel de la afección de la creencia. La fuerza y vivacidad de una idea de la memoria puede debilitarse y eso lo sabemos porque lo sentimos; los vivos colores que distinguen una idea de la memoria a una idea de la imaginación pueden mermar en el tiempo hasta el hecho de que la idea de la memoria sea tomada por idea de la imaginación, siempre y cuando: “esta última puede adquirir a su vez tal fuerza y vivacidad que sea tenida por idea de la memoria, con lo que tiene los mismos efectos que ésta sobre la creencia y el juicio.”¹³⁶

Para que la idea de la creencia sea efectiva debe asentarse en la memoria y las ideas de la memoria constan de impresiones, es decir, la creencia se familiariza con las sensaciones presentes a la mente o con los recuerdos de tales sensaciones:

“En este caso creer es sentir una inmediata impresión de los sentidos, o una repetición de esa impresión en la memoria. No es sino la fuerza y vivacidad de la percepción lo que constituye el primer acto del juicio y pone las bases de ese razonamiento, construido sobre él, cuando inferimos la relación de causa y efecto.”¹³⁷

Sin duda, la relación causal se encuentra emparentada con la creencia o asentimiento; la relación de causa y efecto no puede prescindir de la memoria como tampoco de la contigüidad y la sucesión, y mucho menos de la percepción de conexión necesaria, en la mente, entre los objetos semejantes.

La percepción de los objetos es relevante para la relación causal pero de los objetos no extraemos tal inferencia de que unas causas sean seguidas por tales

¹³⁶ *Ibíd.* pp. 192-193

¹³⁷ *Ibíd.* p. 193

efectos: “No hay objeto que implique la existencia de otro, si consideramos estos objetos en sí mismos y no vamos más allá de las ideas que de ellos nos formamos. Una inferencia tal equivaldría a conocimiento, e implicaría la absoluta contradicción e imposibilidad de concepción de algo diferente.”¹³⁸

Por tanto, debe haber una impresión por la cual infiramos esa idea, pero como toda idea distinta es separable, entonces, tal vez, podamos acomodar una idea diferente a esa impresión la cual no tienen nada que ver con la existencia de esa idea: “Por consiguiente, sólo por EXPERIENCIA podemos inferir la existencia de un objeto a la de otro.”¹³⁹

O

Me atrevo a afirmar, como proposición general que no admite excepción alguna, que el conocimiento de esta relación en ningún caso se adquiere por razonamientos a priori, sino que surge enteramente de la experiencia, cuando descubrimos que algunos objetos particulares se hallan constantemente vinculados entre sí.¹⁴⁰

La constatación de la experiencia se debe por entero a la certeza de los sentidos y los formidables recuerdos fijados por la memoria en la mente:

De este modo, recordamos haber visto esta especie de objetos que denominamos llama, y haber sentido esa especie de sensación que denominamos calor. Y de la misma manera recordamos mentalmente su conjunción constante en todos los casos pasados. Sin más preámbulos, llamamos a los unos causa y a los otros efecto, e inferimos la existencia de unos de la de otros. En todos los casos por los que sabemos de una conjunción entre determinadas causas y efectos, tanto esas causas como estos efectos han sido percibidos por los sentidos y están presentes

¹³⁸ *Ibíd.*

¹³⁹ *Ibíd.* p. 194

¹⁴⁰ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 37

a la memoria. Sin embargo, en los casos en los que razonamos acerca de causas y efectos, solo uno de ellos es percibido o recordado, mientras el otro se suple según nuestra experiencia pasada.¹⁴¹

De lo anterior surge otra relación explícita como lo sea la conjunción constante que viene a ser la naturaleza de la conexión necesaria que promete la percepción de la mente que no demora en inferir la relación de causa y efecto.

Entre tanto, estas singulares relaciones no bastan para convencernos de que tal causa produce tal efecto entre estos o aquellos objetos relacionados; la conjunción constante solo reúne objetos que se parecen dada la contigüidad y la sucesión que los acerca pero que en realidad no descubren nada novedoso así repitamos este procedimiento cualquier cantidad de veces dado que la memoria guarda la misma información de un evento particular y así lo memore incontables veces nunca producirá un nuevo sentimiento o idea: “Aunque la repitamos al infinito, nunca originaremos por la mera repetición de una impresión pasada una nueva idea original, como es la de conexión necesaria; el número de impresiones no tiene más efecto en este caso que si nos limitáramos únicamente a una.”¹⁴²

Al parecer, hasta ahora, ninguna de las relaciones nos convence de la inferencia de la relación causal o de cuestiones de hecho, es decir, del por qué inferimos de un caso particular que tal causa produce tal efecto siempre correspondientes. Ni la contigüidad, ni la sucesión, ni la conexión necesaria aseguran del todo tal afirmación referente a la causalidad aunque la acompañan siempre, pero sí sabemos que la transición de la impresión de los sentidos o la memoria a la idea del objeto denominado causa y efecto se basa en la experiencia y en el recuerdo de cierta conjunción constante: “habrá que preguntarse ahora si la experiencia produce la idea por medio del entendimiento o de la imaginación; si es nuestra

¹⁴¹ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 198

¹⁴² *Ibíd.* p. 195

razón quien nos obliga a realizar la transición, o si ello se debe a cierta asociación y relación de percepciones.”¹⁴³

Si fuese solo la razón quien nos convence de la transición no tendríamos más nada que pensar y se supondría felizmente que ese evento se repetirá sin variación alguna, es decir, no solo la razón puede convencernos de que a causas particulares sigan, regularmente, efectos particulares.

La pregunta que enuncia Hume es desafiante: ¿por qué partiendo de esta experiencia establecemos una conclusión que va más allá de los casos pasados de que tenemos experiencia?¹⁴⁴

De igual manera, Hume expone el problema en cuestión en las Investigaciones sobre el Entendimiento Humano. Dice Hume:

“Ciertamente, debe concederse que la naturaleza nos ha mantenido alejados de todos sus secretos, suministrándonos tan sólo el conocimiento de unas pocas propiedades superficiales de los objetos, mientras nos oculta aquellos poderes y principios de los que dependen en totalidad la influencia de tales objetos.”¹⁴⁵

O

Así, no solamente fracasa nuestra razón en el descubrimiento de la conexión última de causas y efectos, sino que incluso después de que la experiencia nos haya informado de su conexión constante, nuestra razón es incapaz de convencernos de que tengamos que extender esa experiencia más allá de los

¹⁴³ *Ibíd.* p. 196

¹⁴⁴ *Ibíd.* p. 199

¹⁴⁵ HUME, David. *Investigación sobre el entendimiento humano*. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 45

casos particulares observados. Suponemos que debe haber, pero nunca podremos probarlo, una semejanza entre los objetos experimentados y los que están más allá de nuestra experiencia actual.¹⁴⁶

Comprendemos que la razón, auxiliada por la experiencia o el recuerdo de la conjunción constante observada en sucesos anteriores recopilados por la memoria, no son suficientes, aunque esenciales según el Tratado, para discernir la inferencia correspondiente a la causalidad o, para fundar la idea de que de eventos pasados debemos esperar similares eventos en un futuro, pues ninguna conexión surge de los objetos mismos que nos convenza de tal asociación que los produzca: “Por tanto, cuando la mente pasa de la idea o impresión de un objeto a la idea de otro, o creencia en él, no está determinada por la razón, sino por ciertos principios que asociación las ideas de estos objetos y los une en la imaginación.”¹⁴⁷

Sabemos, de igual manera, que los principios de asociación de ideas son tres cuyas cualidades hacen posible la conexión a pesar de que la causa de tales principios no sean infalibles y de que el pensamiento deambule irregularmente: “afirmo con todo que los únicos principios generales de asociación de ideas son la semejanza, la contigüidad y la causalidad.”¹⁴⁸ Aunque para Hume la palabra y la idea correspondiente, que despierta su pronunciación, es otro principio de asociación de ideas este es radicalmente compatible con la causalidad, pues asocia una idea a otra:

No tenemos otra noción de causa y efecto que la de ciertos objetos siempre unidos entre sí, y observados como inseparables en todos los casos pasados. Y no podemos penetrar en la razón de esa conjunción, sino que observamos tan solo la cosa misma, hallando en todo momento que es por esa conjunción

¹⁴⁶ *Ibíd.* p. 48

¹⁴⁷ HUME, David. *Tratado de la naturaleza Humana*. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 200

¹⁴⁸ *Ibíd.*

constante por lo que los objetos se unen en la imaginación. Cuando nos es presente la impresión de un objeto, nos formamos inmediatamente una idea de su acompañante habitual y, en consecuencia, podemos establecer como elemento de la definición de opinión o creencia que es “una idea relacionada o asociada con una impresión presente.”¹⁴⁹

Entre tanto, es la causalidad una relación filosófica porque involucra la contigüidad, la sucesión y la conjunción constante, como que también es una relación natural porque produce una unión natural entre nuestras ideas de causalidad.

No así, estos principios no facilitan nuestro convencimiento concerniente a la inferencia causal. Un principio mucho más fuerte, que produce tal convencimiento, nos previene que no es solo la razón ni la singular experiencia por las cuales inferimos esta relación.

“La idea de un objeto forma parte esencial de la creencia en él, pero no constituye toda la creencia.”¹⁵⁰

La creencia está fuertemente emparentada con los razonamientos basados en causas y efectos y estos a su vez se encuentran implicados en las cuestiones de hecho: “esto es, concerniente a la existencia de objetos o de sus cualidades.”¹⁵¹ Es decir, la relación causal o, lo que es lo mismo, la inferencia por la cual derivamos la existencia de los objetos, la constatamos como un hecho porque así lo creemos o sentimos.

Pero en realidad una cosa no basta solo con creerla, o mejor dicho, no creemos solo por creer como que tampoco podemos basar la creencia de la existencia de

¹⁴⁹Ibíd. p. 201

¹⁵⁰ Ibíd. p. 202

¹⁵¹ Ibíd.

un objeto en una inane ficción de la imaginación, es decir, imaginar dista mucho de creer:

Ahora bien, dado que existe ciertamente gran diferencia ente la simple aprehensión de la existencia de un objeto y la creencia en él, y que esta diferencia no se encuentra en los elementos o en la composición de la idea que concebimos, se sigue que deberá encontrarse en el modo en que la concebimos.¹⁵²

Lo mismo que: “Podemos en nuestra imaginación unir la cabeza de un hombre al cuerpo de un caballo, pero no está en nuestro poder el creer que semejante animal haya existido en realidad.”¹⁵³ “La creencia deberá establecer alguna diferencia entre la concepción a que asentimos y aquella de la que disentimos... Y como es evidente que este principio no añade nada a nuestras ideas anteriores, lo único que puede hacer es cambiar el modo que tenemos de concebirlas.”¹⁵⁴

Repetiremos, entre tanto, que las percepciones de la mente son de impresiones e ideas y que se diferencian por los distintos grados de fuerza y vivacidad que las separa, la idea de creencia debe tomar los mismos grados o cualidades de la impresión para convertirse en un sentimiento:

“Así, como la creencia no hace variar sino el modo en que concebimos un objeto, solamente puede proporcionar a nuestras ideas fuerza y vivacidad adicionales. Por tanto, una opinión o creencia puede definirse con mayor exactitud como IDEA VIVAZ RELACIONADA O ASOCIADA CON UNA IMPESIÓN PRESENTE.”¹⁵⁵

O

¹⁵²Ibid p. 203

¹⁵³ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. pp. 64-65

¹⁵⁴ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 204

¹⁵⁵ Ibid. pp. 204-205

“Toda creencia acerca de una cuestión de hecho o existencia real deriva únicamente de algún objeto presente a nuestros sentidos o memoria y de una conjunción habitual entre éste y algún otro objeto.”¹⁵⁶

Indiscutiblemente la memoria es indispensable en la producción de la idea de creencia. Los grados de fuerza y vivacidad pertenecen a la impresión original de la que la memoria está compuesta, es decir, la memoria se diferencia de la imaginación porque la memoria conlleva los vivos colores de la impresión primera de cuyas cualidades la idea de creencia está sujeta; además, para inferir la existencia de un objeto en la producción de otro, deben tener constancia los sentidos o la memoria de algún objeto: “La razón no puede nunca convencernos de que la existencia de un objeto deba implicar la de otro; así, cuando vamos de la impresión de uno a la idea o creencia en el otro, no somos determinados por la razón, sino por la **costumbre** o principio de asociación.”¹⁵⁷

En otras palabras habiendo hallado, en muchos casos, que dos tipos de objetos cualesquiera- llama y calor, nieve y frío- aparecen siempre en conjunción, cuando la llama o se presenta de nuevo a los sentidos, la mente es llevada por costumbre a esperar calor o frío, a creer que tal propiedad existe y que será descubierta al observarla de cerca, esta creencia es resultado de colocar la mente en circunstancias semejantes.¹⁵⁸

La costumbre, como vemos, es un principio de unión de ideas cuya operación en la mente produce la creencia o modifica el vigor de las ideas en una cuestión de

¹⁵⁶ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 63

¹⁵⁷ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 206

¹⁵⁸ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 63

hecho: “una opinión o creencia no es sino una idea diferente a una ficción, pero no en la naturaleza o disposición de sus partes, sino en el modo de ser concebida.”¹⁵⁹
“Todas estas operaciones conforman una especie de los instintos naturales que ningún razonamiento o proceso de entendimiento y entendimiento puede impedir.”¹⁶⁰

El modo al que se refiere Hume es un sentimiento o creencia en una idea; sentimiento que no se molesta en explicar y lo deja al sentir particular de cada cual:

Una idea a que se presta asentimiento se siente de un modo distinto a una idea ficticia, presentada por la sola fantasía. Es este diferente sentimiento el que me esfuerzo por explicar denominándolo **fuerza, vivacidad, solidez, firmeza o consistencia** mayores. Esta variedad de términos, en apariencia tan poco filosófica, intenta únicamente expresar ese acto de la mente que hace que las realidades nos resulten más patentes que las ficciones, que les confiere mayor peso en el pensamiento y que les proporciona una mayor influencia sobre las pasiones y la imaginación; y una vez que estemos de acuerdo en la cosa, resultare innecesario disputar sobre los términos.¹⁶¹

Insistimos en la vital diferencia entre algo que imaginamos y algo que creemos, porque de esta particular sensación o asentimiento, que distingue una ficción de una creencia, se encuentra la concepción de una idea creíble o del objeto existente, que necesariamente prescinde del orden de nuestras ideas haciendo variar solo el modo en que la mente las concibe:

¹⁵⁹ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 207

¹⁶⁰ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 63

¹⁶¹ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 207

No obstante, reconozco que es imposible explicar a la perfección este sentimiento o modo de concebir. Es verdad que podemos usar palabras que lo expresan aproximadamente, pero su nombre propio y verdadero es el de creencia, término que todo el mundo entiende suficientemente en la vida común. Y en cuanto a la filosofía, no podemos ir más allá de afirmar que esta creencia es algo sentido por la mente y que distingue las ideas del juicio de las ficciones de la imaginación, confiriendo a aquéllas mayor fuerza e influencia, fijándolas en la mente y convirtiéndolas en principios rectores de todas nuestras acciones.¹⁶²

O

Se sigue, entonces, que la diferencia entre ficción y creencia reside en algún sentimiento o sensación asociado con la segunda y no con la primera, independiente de la volición y que no puede ser impuesto a voluntad. Debe ser excitado por la naturaleza, al igual que todos los otros sentimientos y surgir de la situación presente a la memoria o los sentidos, por la fuerza de la costumbre, conduce de inmediato a la imaginación a concebir aquel objeto que habitualmente se encuentra en conjunción con él; esta concepción está acompañada de un sentimiento o sensación diferentes de aquellos que acompañan las vagas ensoñaciones de la fantasía. En esto consiste la naturaleza de la creencia.¹⁶³

La definición de creencia es invariable en sus términos tanto para el Tratado como para las Investigaciones.

Sin embargo:

¹⁶²Ibíd. p. 208

¹⁶³ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 659

Si intentásemos ofrecer una definición de este sentimiento, quizá encontraríamos que se trata de una tarea muy difícil, si no imposible, tanto como esforzarnos por definir, la sensación de frío, de pasión o enojo a una creatura que no haya experimentado jamás tales sentimientos. Creencia es el verdadero y propio nombre de este sentimiento y el significado del término no ha producido nunca perplejidad, pues todo hombre es consciente en cada momento del sentimiento que representa.¹⁶⁴

Sabemos que para que la creencia sea posible como un sentimiento que percibe la conexión entre los objetos debe estar alimentada por alguna impresión presente a los sentidos que fortalezca la costumbre en la mente: “Los objetos no tienen entre sí conexión alguna que pueda descubrirse. Y sólo partiendo de la costumbre que actúa sobre la imaginación podemos efectuar una inferencia desde la manifestación del uno a la existencia del otro.”¹⁶⁵

Por tanto: “Los objetos sensibles tienen siempre mayor influencia en la fantasía que cualquier otra cosa, y llevan prontamente esta influencia a las ideas con ellos relacionadas y que se les asemeja.”¹⁶⁶

O

“Los objetos sensibles tiene siempre mayor influencia sobre la imaginación que cualquier otro y comunican con facilidad tal influencia a aquellas ideas con las que se relacionan y a las que se asemejan.”¹⁶⁷

Debemos señalar que la contigüidad y la semejanza entre los objetos incrementan sobremanera nuestra creencia en algo; así el estar cerca a la casa paterna como el retrato de un amigo eleva nuestro sentimiento o creencia en ese particular

¹⁶⁴ *Ibíd.* pp. 65-66

¹⁶⁵ HUME, David. *Tratado de la naturaleza Humana*. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 210

¹⁶⁶ *Ibíd.* p. 211

¹⁶⁷ HUME, David. *Investigación sobre el entendimiento humano*. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 69

objeto dada su inmediata cercanía o su latente parecido, lo cual es causa y efecto de la creencia.

Y según la experiencia nos informa de la regularidad de los eventos pasados, en los cuales se fundamentan las causas y efectos o cuestiones de hecho, dicho suceso anterior sostenido por el recuerdo, se manifiesta en la mente antes de darnos cuenta de su intervención y acapara la mente sin perturbación alguna:

“La costumbre actúa antes de que nos dé tiempo de reflexionar. Los objetos parecen de tal modo inseparables que no tardamos ni un instante de pasar de un objeto a otro. Pero como esta transición se debe a la experiencia, y no a una conexión primaria entre las ideas, tenemos necesariamente que reconocer la experiencia puede producir una creencia y un juicio de causas y efectos mediante una operación secreta y sin que nosotros pensemos en ella. Y esto suprime toda duda- si es que quedaba alguna- para afirmar que la mente acepta completamente, y por razonamiento, el principio de que casos de los que no hemos tenido experiencia deben ser necesariamente semejantes a aquellos en que sí la hemos tenido.”¹⁶⁸

Desde luego, la experiencia o el recuerdo sostenido de la conjunción constante entre objetos semejantes en ocasiones pasadas ensancha la base perceptible de la conexión entre los objetos y por ende el sentimiento de la creencia producido por la costumbre “y como un hábito no puede adquirirse nunca meramente por un solo caso, podría pensarse que la creencia no puede ser considerada en este caso como efecto de la costumbre.”¹⁶⁹ Pero de ningún modo la costumbre surge de un único caso, aunque su raíz sea un evento particular, sabemos que hay incontables experimentos y ejemplos del mismo suceso que dilatan la costumbre

¹⁶⁸ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. pp. 216-217

¹⁶⁹ *Ibíd.* p. 217

mental y hace posible el hecho de que objetos parecidos en circunstancias parecidas producirán siempre efectos parecidos.

La costumbre o principio de asociación de ideas, refuerza la experiencia, de la que sabemos por los sentidos o la memoria, y le otorga permiso para adelantarse a sucesos de los que no tiene registro pero que por lo anteriormente experimentado puede prever sin dificultad el regular acontecimiento de una causa a su efecto correspondiente:

La conexión entre las ideas no se ha convertido en hábito tras un solo experimento, sino que está subsumida en otro principio, que si es habitual, lo que nos lleva de nuevo a nuestra hipótesis. En todos los casos transferimos nuestra experiencia a casos de los que no tenemos experiencia, hagamos esta transferencia de forma expresa o tácita, directa o indirecta.¹⁷⁰

Ese hábito deviene de la reiteración de los experimentos de las percepciones sensibles que formalizan en la mente el principio de la costumbre por el cual descubrimos la conexión entre los objetos, o ideas de esos objetos, y siempre que haya una impresión presente a los sentidos la idea de ese objeto o creencia, basada en la experiencia o recuerdo anterior, será admitida de inmediato como un fuerte y vivo sentimiento de la mente que no puede rehuir permitiéndole fijar el infalible procedimiento causal cuya cadena de razonamientos le sugieren, a la mente por la costumbre, creer fielmente en la conexión entre objetos o a esperar de tales causas tales efectos perpetuamente. La costumbre de esa particular experiencia se puede extender invariablemente a la conexión entre las ideas haciéndole creer sensiblemente a la mente que se mantendrá naturalmente de ese modo, y como la creencia consiste básicamente en insuflar una idea a los grados de fuerza y vivacidad de una impresión, es claro que asentimos a ello porque lo sentimos:

¹⁷⁰ *Ibíd.* p. 218

Hemos observado ya que la mente se ve determinada por la costumbre a pasar de una causa, a su efecto, y que le resulta imposible no hacerse a la idea del uno cuando aparece la otra. Su conjunción constante en los casos pasados ha formado tal hábito en la mente, que enlaza siempre causa y efecto en su pensamiento, infiriendo la existencia del uno a partir de la de su acompañante habitual.¹⁷¹

Entre tanto, podemos confirmar que nada hay en los objetos que provoque una conexión y que esta asociación pertenece por completo a las percepciones de la mente cuya conjunción constante de los recíprocos eventos pasados ha fortalecido la experiencia que desemboca en tal costumbre que provoca el sentimiento de la creencia basado en la fuerza y vivacidad de la impresión estableciendo en la mente la conexión necesaria que es fuente de la inferencia de la causa al efecto y la cual sería inviable sin la preclara costumbre que en realidad es la misma conexión necesaria que apreciamos en las percepciones de la mente entre objetos semejantes. La experiencia es la costumbre o principio de asociación de ideas que produce la creencia o hábito por la cual inferimos la estabilidad de las causas y efectos según las percepciones de la mente:

¿Cuántas veces tendremos que repetimos que la simple contemplación de dos objetos o acciones cualesquiera, por relacionados que estén, no pueden darnos idea alguna de poder o conexión entre ellos; que esta idea surge de la repetición de su unión; que la repetición ni descubre ni ocasiona cosa alguna en los objetos, sino que tiene influencia solo sobre la mente, por la transición debida a la costumbre que produce; que esta transición acostumbrada es lo mismo que poder y necesidad, los cuales son en consecuencia cualidades de percepciones,

¹⁷¹ *Ibíd.* p. 247

no de objetos, y que son internamente sentidos por el alma y no percibidos externamente en los cuerpos?¹⁷²

Los sentidos guardan memoria o la experiencia es sensible al igual que la creencia se siente bajo cierto impulso presente y coherente con la idea que tenemos y que hace posible que sintamos lo que vivamente creemos sin reproche alguno. La costumbre se adquiere bajo un estado de sensaciones semejantes y contiguas perceptibles por la mente, es decir, bajo un reiterado experimento o número de eventos singulares de los que la mente toma parte y constancia. Creemos en lo que sentimos y la causalidad es la creencia o la sensación mental de la conjunción habitual percibida por los sentidos de los cuales deriva la experiencia y adquiere costumbre la mente según la asociación tan rápida como indubitable de la conexión necesaria a que se ve habituada la mente dada la relación entre los objetos. El método mental por el cual Hume aborda la relación de causa y efecto o de cuestiones de hecho, existencia o realidad, surgidos únicamente de la experiencia, basamento de los sentidos o la memoria, o de la conjunción habitual o costumbre, trata de hacernos ver que esta relación entre los objetos es mejor una creencia o sentimiento de la mente, y que nada hay de estupendo en los cuerpos que pueda confirmar esta conexión hasta no ser percibida por la mente, impregnada de los sentidos, cuyo sensible y sensato razonamiento, lleva a la mente a adjudicar que tales eventos se repetirán invariablemente. Es claro que no son solo la semejanza, la contigüidad y la causalidad los únicos principios de asociación de ideas; la costumbre, es tal vez, un principio mucho más poderoso que los anteriores; además, es por la costumbre de la conjunción habitual entre objetos que creemos en la inferencia de la conexión necesaria entre causas y efectos. La causalidad es una relación filosófica porque incumbe la comparación entre ideas y es una relación natural porque incumbe una asociación entre nuestras ideas. Los objetos son indispensables en la relación causal, pues al presentarse un objeto la mente es llevada por una imperiosa necesidad a formarse

¹⁷² *Ibíd.* p. 293

la idea del consecuente objeto que le acompaña, y es esa determinación mental la que establece la conexión necesaria; visto claro está, desde los meros objetos, no así desde las percepciones porque para los objetos son meras imágenes, entonces la impresión tendrá que actuar como causa y la idea correspondiente como efecto donde también la mente yace determinada a suplir la conexión necesaria de una idea a otra sin restricción o impedimento alguno: “El principio de unión entre nuestras percepciones internas es tan ininteligible como el que une los objetos externos, y no nos es conocido más que por la experiencia.”¹⁷³

Hume nos ofrece dos tipos de definición de la relación de causa y efecto:

“Podemos definir CAUSA como << objeto precedente y contiguo a otro, de modo que todos los objetos semejantes al primero estén situados en relaciones parecidas de precedencia y contigüidad con respecto a los objetos semejantes al último>>. Según lo cual representa los sucesos entre los objetos.”¹⁷⁴

O

“<<CAUSA es un objeto precedente y contiguo a otro, y unido de tal forma con él que la idea de uno determina a la mente a formar la idea del otro, y la impresión del uno a formar una idea más vivida del otro>>. Según lo cual representa los sucesos en la mente”.¹⁷⁵

Esas son las dos clases de definición de la relación de causa y efecto que Hume fomenta, si ninguno de los dos basta: “no conozco otro procedimiento sino de la persona que muestra esos escrúpulos ponga una definición más exacta en su lugar, pues en lo que a mí respecta tengo que confesar que soy incapaz de hacer tal cosa.”¹⁷⁶ Eso sí, que aquella persona no se olvide de las percepciones de los

¹⁷³ *Ibíd.* p. 296

¹⁷⁴ *Ibíd.*

¹⁷⁵ *Ibíd.* p. 297

¹⁷⁶ *Ibíd.* pp. 297-298

objetos y las percepciones de la mente, a la hora de tan inusual definición; pues igualmente Hume establece algunas varias reglas para juzgar las causas y efectos, como por ejemplo que:

“La causa y el efecto deben ser contiguos en espacio y tiempo.

La causa debe ser anterior al efecto.

Debe haber una constante unión entre la causa y el efecto.

La misma causa procede siempre del mismo efecto.

Un objeto que existe durante cierto tiempo en toda su perfección, sin producir un efecto, sino que tendrá que ser ayudado por algún otro principio que pueda activar su influencia y operación.”¹⁷⁷

Lo anterior concierne a las reglas para juzgar de causas y efectos de la decimoquinta sección de la Parte III referente al conocimiento según el Tratado de la Naturaleza Humana.

Epígono del tercer capítulo

Cuando hablo de la vital importancia del cuerpo orgánico sensible para la concepción del sentimiento de la idea creencia, me refiero al plausible hecho de que tal sentimiento parte exclusivamente de una impresión presente a los sentidos o la memoria y de ahí a la idea correspondiente en la cual se basa la relación causal, y es este particular sentimiento o creencia el elemento fundamental por el cual abordamos la precepción de la causa al efecto, lo cual no se puede encargar por separado a los distintos órganos sensibles, que son los pioneros del conocimiento, sino que es necesario estar de cuerpo entero presente para la manifestación de la percepción de la comparación o asociación de ideas, o de objetos semejantes en la mente.

¹⁷⁷ *Ibíd.* pp. 302-303

Sin los sentidos la experiencia no es; la experiencia involucra el cuerpo orgánico porque es el cuerpo sensible el que guarda un fiel registro, en la memoria, de los sucesos pasados que afectaron la piel que recibe la sensación transmitida por los objetos a los sentimientos de la mente. Sin los sentidos las cosas nos serían dadas sin ningún problema y así las inferencias serían inexistentes o ridículas de suponer porque podríamos deducir sin dificultad que el agua moja y que el fuego quema sin previas sensaciones que nos descubren las propiedades de los cuerpos. La relación entre el cuerpo sensible y los elementos circundantes es básica y legible para el cuerpo orgánico que se vincula espontáneamente a los objetos. La experiencia es en orden a las sensaciones. La experiencia del cuerpo orgánico con los objetos materiales o físicos requiere no solo de la visualización de los mismos, es necesaria la participación del tacto o de la complejidad del cuerpo orgánico sensible para los sentimientos de la mente y la formación de las ideas. Sin los sentidos las percepciones externas o internas no son; la conjunción constante que regula la conexión necesaria que formaliza la costumbre no fomentaría hábitos en la mente como el de la creencia de las causas a los correspondientes efectos que por razonamiento dilatamos a casos de los que no hemos obtenido experiencia pero que por semejantes conjeturamos idénticos en el tiempo, solo son posibles por las primeras sensaciones transmitidas. La experiencia es orgánica y por eso mismo el cuerpo humano es origen de las ideas de la mente.

Las disquisiciones de Hume respecto a la causalidad son metódicas, es decir, están enmarcadas sistemáticamente en las percepciones de la mente según la entereza de los sentidos, pues lo que creemos depende del modo como lo sentimos, y la creencia, fuerte y vivaz, es el poderoso hilo con el que tejemos las sensaciones vitales. La vida está relacionada con lo que vivamente creemos y ese fuerte sentimiento lo diferencia de las ficciones.

La experiencia, la creencia, la causalidad, la costumbre son netas sensaciones del cuerpo humano antes del empleo de cualquier lenguaje o filosofía. El cuerpo siente y percibe naturalmente con independencia de las teorías que pueda suscitar las emociones que lo impresionan. Las sensaciones son límpidas y son el crisol de la mente. Y en tanto el estado natural y prístino de los elementos y las cosas no cambie, pues como cuestión de hecho es posible, la sensibilidad del cuerpo no será alterada o tergiversada ni se malograrán las ideas de la mente. Al cuerpo orgánico le cuesta adosarse a las teorías, o mejor dicho, este no es el modo que le conviene a la sensibilidad. La teoría es ajena a la experiencia propia, o como que nadie se enamora por leer poesía; lo que si se concibe es que la lectura de un poema incremente esa particular pasión, pero de ningún modo esperar que una lectura o un comentario me suministre ese vivo sentimiento, pues eso tendría un análogo efecto al de leer que el fuego quema sin que el propio cuerpo así lo haya sentido y por tanto experimentado o sin siquiera estar cerca de una llama, es decir, nadie consciente de lo que siente puede representarse un sentimiento que no haya tocado anteriormente su propio cuerpo sensible. Tanto la mente como el cuerpo están siempre dispuestos a descubrir sensaciones y formar pensamientos cuyo fuerte lazo sensible manifiesta la creencia por la cual asentimos sin dilaciones lo que nos afecta. Creemos porque sentimos y nunca una creencia o un sentimiento son a medias; creemos con total convencimiento lo que el cuerpo orgánico siente o ha sentido y esa percepción es llevada con igual certidumbre a la mente humana.

CAPITULO IV

La salud de los órganos del cuerpo sensible, la inconveniencia de la identidad personal, y la filosofía académica o escéptica, son temas que ocuparon mi atención en la dinámica de las lecturas acometidas para la escritura de esta tesis, en la cual, trato de decir de la sensibilidad del cuerpo humano como el elemental origen de los pensamientos o ideas que la mente pueda engendrar.

Tomare en cuenta antes de nada lo concerniente a la salud, una cualidad indispensable para la recepción de las percepciones de la mente y para la producción de pensamientos o de la actividad filosófica, pues serían seriamente afectados estos dos ámbitos dada la irregularidad de los sentidos.

Digo entonces que la salud es la propiedad básica de todo organismo vivo de la cual depende la duración de su propia existencia.

En la salud del cuerpo orgánico se encuentra la salubridad de las percepciones. La comunidad de los sentidos y las percepciones es la clara intervención de la salud en un organismo pensante. La salud de los órganos del cuerpo humano involucra sobremanera la operación debida a las facultades de la mente como lo sea la memoria y la imaginación.

La salud es común a la humanidad, o de algún modo es la que nos prefigura y predispone para las más elementales sensaciones por las cuales abordamos el conocimiento de las cosas. Así como las facultades pertenecen al ámbito de la mente humana también la salud concierne a la dinámica del cuerpo humano, y de esta depende las de las otras. La salud del cuerpo y las facultades de la mente son semejantes entre la humanidad o las reconocemos como generales. Así como Hume asegura que un ciego de nacimiento no puede hacerse a la idea del color la mente humana no puede llegar a concebir una idea si no goza de una salud

estable, sin importar los inconvenientes naturales que se interponen a veces en su normal y cabal funcionamiento. De hecho, una lesión de nacimiento o progresiva o accidental suprime o imposibilita la sensibilidad de una extremidad u órgano sensible en particular restringiendo a la mente el acceso de las ideas por medio de las impresiones.

Se trata de la salud como una cualidad básica del cuerpo humano para el fomento de las percepciones de la mente humana, es decir, de las impresiones y de las ideas.

La filosofía Moderna sería inconcebible sin la habilidad mental de las percepciones, o, si se quiere, sin la regularidad salubre de los sentidos que direccionan las ideas. De hecho, el pensamiento filosófico moderno luce en su manifestación un cabal funcionamiento mental en sus mejores representantes hasta reconocer en la propia mente humana un poder significativo de la reproducción de las ideas pero también como la óptima base de muchas operaciones mentalmente perceptibles:

El principio fundamental de la filosofía moderna es el que se refiere a colores, sonidos, sabores, olores, calor, frío, los cuales según este principio, no son sino impresiones en la mente derivadas de la actuación de los objetos externos y sin semejanza alguna con las cualidades de los objetos. Después de examinarlas, encuentro que solo una de las razones comúnmente aducidas en favor de esa opinión resulta convincente, a saber: la que se apoya en la variación de las impresiones, aun cuando según todas las apariencias, el objeto externo siga siendo el mismo. Estas variaciones dependen de diversas circunstancias. De la diferente situación de nuestra salud:

“Un hombre enfermo encuentra un sabor desagradable en los manjares que más le gustaban antes. De la diferente complejión y constitución

de los hombres: lo que a uno le parece amargo es dulce para otro. De la diferencia en la situación externa y posición de los objetos: los colores reflejados por las nubes cambian según la distancia de estas y el ángulo que formen con el ojo y el cuerpo luminoso. También el fuego produce una sensación de placer a una distancia y de dolor a otra. Hay muchos y muy frecuentes ejemplos de esta clase.”¹⁷⁸

La variación de las impresiones de la mente se debe por entero a la agilidad de las percepciones sensibles que se sustentan indiferentemente en la regularidad de la salud del cuerpo orgánico además de ser un referente para la filosofía moderna.

La variación de las impresiones hace imposible percibir una cualidad dominante de los objetos, es decir, no hay una cualidad aprehensible en los objetos que determine su composición existente porque eso restringiría las mismas percepciones: ni la misma cualidad puede ser semejante en impresiones diferentes por completo, se sigue con evidencia que muchas de nuestras impresiones no tienen un modelo externo o arquetipo.¹⁷⁹

La poderosa fecundidad de la mente humana es para la filosofía moderna formidable, empero, el anticipo de la salud del cuerpo orgánico es el preámbulo necesario para las distintas percepciones de la mente.

De la insostenibilidad del yo como sustancia de la identidad de la persona o individuo

“Así, el principio de individuación no consiste sino en la invariabilidad e imposibilidad de interrupción de un objeto cualquiera a lo largo de una

¹⁷⁸ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. pp. 367-368

¹⁷⁹ *Ibíd.* p. 368

supuesta variación de tiempo mediante el cual pueda la mente describir ese objeto en los diferentes periodos de su existencia, sin romper su contemplación ni verse obligada a formar la idea de multiplicidad o número.”¹⁸⁰

David Hume no volverá a referirse al espinoso tema del yo o identidad de una sustancia o persona u objeto finito como lo sea el cuerpo humano cuyas percepciones desaparecerán naturalmente y con ellas todo índice de sensibilidad y reconocimiento propio acaso porque el sistema de su filosofía lo demande e imponga según las diferentes repercusiones sobre el cuerpo humano.

La mente es parte y cuestión fundamental del problema de la insostenibilidad de una supuesta identidad personal de la que en gran medida depende un ser humano dada su intervención en la conformación de los pensamientos y pasiones de un individuo y cuyo fundamento es dar cuenta de una rigurosa mismidad: “lo que llamamos mente no es sino un montón o colección de percepciones diferentes, unidas entre sí por ciertas relaciones y que se suponen, aunque erróneamente, dotadas de simplicidad e identidad.”¹⁸¹ Ese montón o colección de percepciones es lo mismo que la sustancia, y una mente, o la sustancia de un individuo es “esa masa conectada de percepciones que constituyen un ser pensante.”¹⁸²

A la mente humana le concierne elementalmente percibir mas no confinar las percepciones sensibles, es decir, las imágenes de la mente no guardan ni establecen ningún vínculo retentivo con la identidad, pues ese montón de percepciones que conforman la mente en ningún caso tienen un patrón lineal consecuente con una supuesta sustancia que en su manifestación nos permita instaurar una rotunda identidad.

¹⁸⁰ *Ibíd.* p. 337

¹⁸¹ *Ibíd.* p. 344

¹⁸² *Ibíd.*

El común denominador de las definiciones de la identidad entre los filósofos se refiere al yo como: “algo de lo que en todo momento somos íntimamente conscientes; que sentimos su existencia y su continuidad en la existencia, y que más allá de la evidencia de una demostración, sabemos con certeza de su perfecta identidad y simplicidad.”¹⁸³

Seguidamente, la percepción de un sentimiento tan agudo como lo sea una intensa pasión nos convence irresistiblemente en todo momento de la persona que somos o creemos ser porque dicha sensación influye sobremanera en el yo, lo cual advierte o pone en relieve el consecuente problema de poder establecer algo así como una identidad continua.

Desde luego, la experiencia sensible a este respecto es reveladora. El cuerpo humano es un vasto órgano sensible que continuamente está predispuesto para las impresiones y la recepción de las percepciones mentales. La invariabilidad es condición de la identidad, pero ninguna impresión es pétreo o estática, antes bien, toda impresión es momentánea y su duración es inmediatamente suplida por otras impresiones que afectan al sensible cuerpo orgánico lo cual interrumpe, sin duda, la conservación de la mismidad dada la alteración sensible en la que inciden evidentes factores naturales que interrumpen o perturban su existencia, lo cual es un vivo inconveniente para la permanencia ininterrumpida de un estado de conciencia de identidad sin la alteración de las impresiones y de tal forma no podemos albergar idea alguna del yo:

“En efecto ¿de qué impresión podría derivarse esta idea?...Tiene que haber una impresión que origine a cada idea real. Pero el yo o persona no es ninguna impresión, sino aquello a que se supone que a nuestras distintas impresiones e ideas tienen referencia. Si hay alguna impresión que origine la idea del yo, esa impresión deberá seguir siendo

¹⁸³ *Ibíd.* pp. 397-398

invariablemente idéntica durante toda nuestra vida, pues se supone que el yo existe de ese modo. Pero no existe ninguna impresión que sea constante e invariable. Dolor y placer, tristeza y alegría, pasiones y sensaciones se suceden una tras otra, y nunca existen todas al mismo tiempo. Luego la idea del yo no puede derivarse de ninguna de estas impresiones, ni tampoco de ninguna otra. Y en consecuencia no existe tal idea.”¹⁸⁴

El anterior párrafo es tajante con la imposibilidad de mantener una idea del yo en consonancia con las impresiones sensibles y su distinguida variabilidad, pero mucho más lo es con las percepciones de la mente:

¿en qué tendrían que convertirse todas nuestras percepciones particulares, de seguir esta hipótesis? Todas ellas son distinguibles, diferentes y separables entre sí, y pueden ser consideradas por separado si existen por separado: “no necesitan de cosa alguna que los mantenga en su existencia.”¹⁸⁵

En consecuencia con lo anterior, Hume abordara el problema de la identidad desde su propia persona para dejar entrever que su existencia es afectada, como cualquier otro cuerpo natural o artificial, por una cantidad de accidentes que modifican la totalidad de su mismidad, pues la natural variación de las percepciones no permite capturar una supuesta identidad, puesto que compromete el cuerpo sensible y la diferencia entre las sensaciones sucedáneas:

“En lo que a mí respecta, siempre que penetro más íntimamente en lo que llamo mí mismo tropiezo en todo momento con una u otra percepción particular, sea de calor o frío, de luz o sombra de amor u odio de dolor o placer. Nunca puedo atraparme a mí mismo en ningún

¹⁸⁴ *Ibíd.* p. 399

¹⁸⁵ *Ibíd.*

caso sin una percepción, y nunca puedo observar otra cosa que la percepción.”¹⁸⁶

Siempre observaremos una interrupción en nuestras percepciones: las mínimas y continuas modificaciones inaprehensibles para los órganos sensibles que modifican el interior y exterior del cuerpo como las mismas sensaciones que se suceden hacen de nuestro propio cuerpo y modo de sentir algo diferente en cualquier momento. Las percepciones no son rígidas, son continuas y variadas, y esas apreciaciones comprometen directamente la mente y el cuerpo sensible, la mismidad o el yo.

Y si todas mis percepciones fueran suprimidas por la mente y ya no pudiera pensar, sentir, ver, amar u odiar tras la descomposición de mi cuerpo mi yo resultaría completamente aniquilado, de modo que no puedo concebir qué más haga falta para convertirme en una perfecta nada.

Dicho lo anterior, Hume se mostrará, una vez más, desafiante, de cara a su radical postura, la cual destruye la supuesta identidad de cualquier persona común y corriente:

Si tras una reflexión seria y libre de prejuicios hay alguien que piense que él tiene una noción diferente de sí mismo, tengo que confesar que ya no puedo seguirle en sus razonamientos. Todo lo que puedo concederle es que él puede estar tan en su derecho como yo, y que ambos somos esencialmente diferentes respecto a ese particular. Es posible que él pueda percibir algo simple y continuo a lo que llama su yo, pero yo sé con certeza que en mí no existe tal principio.¹⁸⁷

¹⁸⁶ *Ibíd.*

¹⁸⁷ *Ibíd.* p. 400

De cualquier modo, para Hume, “los seres humanos no son sino un haz o colección de percepciones diferentes que se suceden entre sí con rapidez inconcebible y están en un perpetuo flujo y movimiento”¹⁸⁸, y esa colección no es otra que las cualidades que las distintas percepciones nos representan y que por su agilidad hacen que unas veces percibamos ira o ternura en una particular persona cuya percepción de ese particular sentimiento seguramente nos la presente diferente, a lo cual contribuye sobremanera los órganos sensibles, en especial la vista, y la celeridad de los distintos pensamientos de la mente: “Nuestros ojos no pueden girar en sus orbitas sin hacer que sus percepciones varíen. Y nuestro pensamiento es aún más variable que nuestra mente.”¹⁸⁹

Entre tanto, es difícil percibir o sentir algo tan abstracto como el yo entendido como una sustancia simple, inalterable, continua e invariable que se mantiene imperturbable en la duración de su existencia. Los mismos inestables sentimientos y el mismo secreto crecimiento del cuerpo orgánico como el desconocimiento de la propia mente desbaratan la identidad, es más, tal vez, en la naturaleza nada hay estable que no pueda ser alterado porque la naturaleza necesita para su existencia del flujo, de ahí que la mente humana se encuentre acaparada por las constantes percepciones que varían sus sensaciones.

“La mente es una especie de teatro en el que distintas percepciones se presentan en forma sucesiva; pasan, vuelven a pasar, se desvanecen y mezclan en una variedad infinita de posturas y situaciones. No existe en ella con propiedad ni simplicidad en un tiempo, ni identidad a lo largo de momentos diferentes, sea cual sea la inclinación natural que nos lleve a imaginar esa simplicidad e identidad.”¹⁹⁰

¹⁸⁸ *Ibíd.*

¹⁸⁹ *Ibíd.* pp. 400-401

¹⁹⁰ *Ibíd.*

Las percepciones de la mente y las impresiones de sensaciones se correlacionan por el hecho de que indistintamente se encuentran en corriente flujo, lo cual involucra al cuerpo humano que sufre las constantes modificaciones, y si las percepciones no demuestran en su acontecer ni remota idea de lo que es la identidad, entonces Hume pregunta: “¿Qué es entonces lo que nos induce con tanta intensidad a asignar una identidad a estas percepciones sucesivas, y a creernos en posesión de una existencia invariable e ininterrumpida durante toda nuestra vida?”¹⁹¹, para lo cual Hume distingue entre “la identidad personal por lo que respecta a nuestro pensamiento e imaginación, e identidad personal por lo que respecta a nuestras pasiones o al interés que nos tomamos por nosotros mismos.”¹⁹²

La primera pregunta atañe al problema de la identidad que para poder responderse debe atenderse desde la percepción de los animales y las plantas, de lo contrario sería toda una irresponsable discriminación “pues existe gran analogía entre esta identidad y la de un yo o persona.”¹⁹³

Desde luego, nada hay que no pueda cambiar y así variar su situación o figura. El movimiento nos proporciona cantidad de ejemplos de los cuales es responsable por la variación que hace discontinua a la identidad.

Tendemos a confundir la identidad con una sucesión de objetos relacionados. La rapidez y suavidad con que se suceden las percepciones de la mente sobre los objetos, por juntos o separados que se hallen, convencen, por la relación de las percepciones o la semejanza de las mismas, a la imaginación y al sentimiento de creerlos como lo mismo en diferentes situaciones, aunque la relación perceptiva, por minúscula que sea, varié y destruya la semejanza de una supuesta identidad.

¹⁹¹ *Ibíd.*

¹⁹² *Ibíd.*

¹⁹³ *Ibíd.*

“La relación facilita la transición de la mente de un objeto a otro, y convierte a este paso en algo tan suave como si la mente contemplara un objeto continuo. Es esta semejanza la causa de la confusión y el error, y la que nos lleva a colocar la noción de identidad en lugar de la de objetos relacionados.”¹⁹⁴

Sabemos de la discontinuidad de los objetos relacionados pero no toleramos tan fácilmente que sean diferentes para las sucesivas percepciones impidiendo su mismidad o el llano hecho de que ya no son la misma cosa:

Así, para suprimir la discontinuidad fingimos la existencia continua de las percepciones de nuestros sentidos, y llegamos a la noción de alma, yo o sustancia para enmascarar la variación... Y creo que esto es lo que sucede en el caso de la identidad que atribuimos a plantas y vegetales..., seguimos sintiéndonos inclinados a confundir estas ideas, a pesar de que no podamos vernos satisfechos en este respecto, ni encontramos ninguna cosa invariable y continua que justifique nuestra noción de identidad.¹⁹⁵

Ahora bien, sentimos que la relación de las partes respecto de la identidad es atribuible a algo invariable y continuo o a algo oculto y misterioso, pero tanto la experiencia como la observación nos muestran “que los objetos variables y discontinuos, pero supuestamente la misma cosa, lo son tan solo en cuanto que consisten en una sucesión de partes mutuamente conectadas por semejanza, contigüidad o causalidad.”¹⁹⁶

Nada hay en los objetos o cuerpos a lo que podamos atribuirle una identidad desde las sinuosas percepciones y la alteración que provoca en las sensaciones, pero aun de ese modo necesitamos “probar que todos los objetos a los que

¹⁹⁴ *Ibíd.* p. 402

¹⁹⁵ *Ibíd.* p. 403

¹⁹⁶ *Ibíd.* p. 404

atribuimos identidad, sin haber observado en ellos ni invariabilidad ni continuidad, no son sino una sucesión de objetos relacionados.”¹⁹⁷

Lo anterior se relaciona o tiene que ver directamente con el cambio que se produce en la identidad de una masa o volumen a partir de la adición o disminución en sus partes pero que por la imaginación y el tránsito fugaz de una representación a otra, según las percepciones, nos lo figuramos al objeto como algo idéntico, lo cierto es que su identidad ha sido aniquilada, o mejor dicho, nunca ha sido percibida, pues la interrupción tanto en la forma y cantidad de algo, además de la interrupción en la variación de las percepciones, sean por el propio movimiento o por el constante influjo de los elementos y sus imperceptibles modificaciones en el cuerpo y las sensaciones, hacen de lo que percibimos algo muy distinto a lo anteriormente percibido.

Pero si suponemos que alguna parte muy pequeña o insignificante se añade o sustrae a la masa, aunque ello en rigor implique la destrucción absoluta de la identidad del conjunto, como raramente pensamos de una forma exacta, no sentimos escrúpulo algún acá en declarar que una masa de materia sigue siendo la misma, en caso de haber encontrado una alteración tan trivial. El tránsito del pensamiento al objeto antes del cambio, al objeto después de este, es tan suave y fácil que apenas si percibimos la transición, de modo que nos inclinamos a imaginar que no se trata sino de un examen continuado del mismo objeto.¹⁹⁸

De hecho, se trata rigurosamente del cambio que provoca la más mínima interferencia en el compendio de un todo. Las percepciones de la mente como son, vivaces y ágiles, en su manifestación sobre un mismo objeto u otro no

¹⁹⁷ *Ibíd.*

¹⁹⁸ *Ibíd.*

guardan similitud alguna de por medio, solo por la relación de la sucesión de sus partes, sea por contigüidad, sucesión o causalidad, le atribuimos identidad a objetos supuestamente invariables y continuos.

Un cambio en una parte considerable de un cuerpo destruye la identidad de éste, pero es notable que, si el cambio se produce gradual e insensiblemente, mostramos menos inclinación a asignarle ese mismo efecto...Sin embargo, sea cual sea la precaución con que introduzcamos gradualmente los cambios, y los hagamos proporcionados con el conjunto, lo cierto es que, en definitiva, los cambios son de consideración, sentimos reparo en asignar una identidad a objetos tan diferentes.¹⁹⁹

Podemos considerar que el cambio elemental debido al ambiente natural que toca y rodea los cuerpos, como las percepciones que se suceden en la mente y sobre la sensibilidad, restituye a cada momento la precisión observable sobre un objeto. La identidad es puesta en cuestión cuando reparamos en la actividad orgánica que concierne a los cuerpos vivos que se encuentran en proceso de crecimiento, y esa casi imperceptible variación solo es apreciable por la incidencia del tiempo sobre la existencia de las cosas vitales, más que todo sobre el propio cuerpo humano, pero sin importar lo sesudo del análisis de la percepción, la sucesión de los objetos relacionados sigue mostrándose sólida cuando aseguramos sentir que son una y la misma cosa.

“Efecto de una tan fuerte relación es que, a pesar de que todo el mundo admita que en muy pocos años tanto los animales como los vegetales sufren una transformación total, seguimos atribuyéndoles sin embargo identidad, a pesar de que su forma, tamaño y sustancia se ha alterado por completo. Un roble, que, de ser una pequeña planta, crece

¹⁹⁹ *Ibíd.* p. 405

hasta convertirse en un árbol grande, sigue siendo el mismo roble aunque ninguna partícula de materia ni ninguna configuración de sus partes sea ya la misma. Un niño se hace hombre, y es unas veces grueso y otros delgados, sin perder por ello su identidad.”²⁰⁰

Hume emplea el método de las percepciones, su continua variabilidad y su plausible incidencia sobre la mente y el pensamiento en el regular proceso de transformación que sufre un cuerpo existente, para así destruir, a partir de ellas, formalmente lo referente a la identidad, observando en primer lugar la notoria modificación que sufren las plantas y los animales en su continuidad física, pero que, debido a la imaginación, solemos creer que guardan una intrínseca identidad, y que, por lo tanto, es igual el proceso o método por el cual se aborda lo respectivo a la identidad personal.

“Es evidente que debemos seguir aquí el mismo modo de razonar que ha explicado con tanta fortuna la identidad de plantas, animales, barcos, casas y todos los productos compuestos y variables, sean naturales o artificiales. La identidad que atribuimos a la mente del hombre es tan sólo ficticia, y de especie parecida a la que hemos asignado a vegetales y animales. No puede, pues, tener un origen diferente, sino que deberá provenir de una operación similar de la imaginación sobre objetos similares.”²⁰¹

Desde luego, ninguna mente, por completa que sea, puede reunir de golpe todas las percepciones, no puede aglomerar el compendio de sus impresiones e ideas en una sola representación sensible. Las percepciones, como sabemos, son distintas, diferentes y separables en su regular curso pero las creemos unidas por la misma identidad, es decir, el pensamiento las relaciona como agrupadas

²⁰⁰ *Ibíd.* p. 406

²⁰¹ *Ibíd.* pp. 408-409

indisolublemente confiriéndoles identidad a su consecuente manifestación, lo cual nos lleva a pensar sobre las distintas percepciones y si hay en ellas un enlace verdadero, o si simplemente asocia las ideas que tenemos de tales percepciones en la imaginación, pues debemos asegurarnos de si la identidad personal proviene de un especial enlace entre las percepciones o si se debe por entero a un sentimiento propio que asocia las diferentes ideas en la imaginación:

“El entendimiento no observa nunca ninguna conexión real entre objetos, y que aun la unión de causa y efecto se reduce, estrictamente considerada, a una asociación de ideas producida por la costumbre. En efecto, de aquí se sigue evidentemente que la identidad no pertenece realmente a estas diferentes percepciones, ni las une entre sí, sino que es simplemente una cualidad que les atribuimos en virtud de la unión de sus ideas en la imaginación, cuando reflexionamos sobre ellas.”²⁰²

Solo las cualidades del mundo ideal pueden unir nuestras ideas. La semejanza, la contigüidad y la causalidad son las únicas cualidades por las cuales es posible unir los objetos o las ideas que nos formamos en la imaginación a través de las percepciones “sin ellos todo objeto distinto es separable por la mente y puede ser considerado separadamente...La identidad depende, pues, de alguna de estas tres relaciones de semejanza, contigüidad y causalidad”²⁰³, que se fundamentan en el suave tránsito que se produce de una idea a otra en el pensamiento y hacen posible guardar una noción de la identidad personal según “el curso suave e ininterrumpido del pensamiento a través de una serie de ideas conectadas entre sí; lo que concuerda con los principios antes explicados.”²⁰⁴

Entre tanto, para Hume las cualidades que asocian nuestras ideas y pueden darnos una noción de una identidad personal son la semejanza y la causalidad.

²⁰² *Ibíd.* p. 409

²⁰³ *Ibíd.* p. 410

²⁰⁴ *Ibíd.*

Ambas se refieren a la memoria como la actividad principal de las percepciones de la mente para la suposición de la mismidad de una persona para ello asignamos a la sucesión de las percepciones mentales el fomento de la identidad por el claro hecho de presentarnos como semejantes la sucesión perceptiva de las ideas lo cual constituye de algún modo la identidad personal:

“¿Qué es la memoria sino la facultad por la que revivimos las imágenes de las percepciones pasadas?...En este punto la memoria no solo constituye la identidad, sino que contribuye también a su producción al producir la relación de semejanza de nuestras percepciones. Esto ocurre cuando nos consideramos a nosotros mismos como cuando examinamos a otros.”²⁰⁵

Igualmente, la sucesión de las percepciones aplica para la relación entre los objetos que logra la mente humana según la causalidad, pues solo a través de esta asociación podemos tolerar la relación entre las percepciones para lo cual la memoria se muestra aliada: “la verdadera idea que tenemos de la mente humana consiste en considerarlas como un sistema de percepciones diferentes o existencias diferentes, unidas entre sí por la relación de causa y efecto, y que mutuamente se producen, distribuyen, influyen y modifican unas a otras.”²⁰⁶

La facultad de la memoria es predominante en la columbrada identidad personal; primero, debido a que en la sucesión de nuestras percepciones encontramos la semejanza que hallamos en las ideas relacionadas; segundo, la asociación causal por costumbre que enlaza las diferentes percepciones. Pero la memoria no puede mostrarse del todo triunfante así logre de algún modo acercar la identidad por medio de las cualidades de asociación de ideas; la continuidad de sus recuerdos se ve de alguna modo interrumpida; ninguna actividad de la memoria es ejemplo

²⁰⁵ *Ibíd.* p. 411

²⁰⁶ *Ibíd.* p. 412

de una total concentración de imágenes de percepciones continuas en nuestra mente en el transcurso de la propia vida, la mente no puede sostener la variedad de recuerdos que fomentan y proveen el pensamiento personal:

Como basta la memoria para familiarizarnos con la continuidad y extensión de esta sucesión de percepciones, deberá ser considerada y por esta razón, como la fuente de la identidad personal. Si no tuviéramos memoria no tendríamos nunca noción alguna de causalidad y, por consiguiente, tampoco de esa cadena de causas y efectos constitutiva de nuestro yo o persona. Pero una vez que hemos adquirido por la memoria esa noción de causalidad podemos extender y a esa cadena de causas, y en consecuencia, la identidad de nuestra persona más allá de nuestra memoria, y comprender tiempos, circunstancias y acciones que hemos olvidado por completo, y que en general suponemos han existido. ¡De que pocas acciones pasadas seguimos teniendo memoria, realmente!²⁰⁷

Desde luego, debemos reiterar que la imperiosa memoria que nos conduce por el camino de la creíble causalidad, sobre el ámbito de la identidad personal se ve desquebrajada. La noción sensiblemente mental de que se desgasta la capacidad de recordar, de que olvidamos según continuamos existiendo es elemental a esta facultad. La continua transformación de las percepciones le obliga a mostrarse interrumpida en su mismidad que en ningún caso se conserva simple porque es inmediatamente afectada por otra representación simple. Alguien que tenga algo de conciencia mental sabe que su memoria está conformada por los diferentes recuerdos que simulan su personalidad, pero igualmente sabe, si repara en ello, que sus recuerdos son discontinuos e interrumpidos, sobre el mismo recuerdo por la vigencia de las percepciones, y se encuentran sometidos al ambiente sensible, es decir, nadie recuerda por recordar como que nadie dice calmar su sed con

²⁰⁷ *Ibíd.*

palabras, algo debe inaugurar el recuerdo y eso solo puede suceder por vía sensible; sabemos algo como un recuerdo porque lo sentimos. Un recuerdo es básicamente la representación de una sensación pasada. Un recuerdo emerge o surge de la actividad de las impresiones actuales que remueven las imágenes pretéritas; y esa información sensible la creemos porque la sentimos aunque los recuerdos sean disparejos. Alguien sensiblemente percibe: ve, oye o huele algo y su facultad mental opera. Los recuerdos revotan indistintamente de lo que nosotros forcemos y nos muestran situaciones que se presentaron. La memoria contiene el olvido. Y esa distorsión es suficiente para perdernos de nosotros mismos. Un día o la hora de un día puede contener varios accidentes. Tanto el deterioro y capacidad de las facultades mentales como la actividad de la memoria en el modo de representarnos los recuerdos propios, afecta y destruyen a cada instante la identidad personal. ¿Quién podría jactarse de saberse a sí mismo juntando el compendio de todas sus percepciones y sensaciones pasadas pormenorizando lo que lo constituye. ¿Quién puede volver a sentir invariablemente lo sentido sin que sufra una nueva sensación? Y solo de ese modo, en que no haya interrupción u obstáculo sensible o mental, podemos capturar o apresar la identidad sin distorsionarla. Las percepciones son inquietas y desordenadas al igual que los recuerdos que nos representa la sensible memoria:

¿Quién querría afirmar que el completo olvido de lo que le pasó en esos días ha hecho que su yo actual no sea ya la misma persona que su yo en ese tiempo, destruyendo de ese modo las más establecida nociones de identidad personal? Por consiguiente, desde este punto de vista puede decirse que la memoria no produce propiamente, sino que descubre la identidad personal, al mostrarnos la relación de causa y efecto existente entre nuestras diferentes percepciones.²⁰⁸

²⁰⁸ *Ibíd.* pp. 412-413

La sensación más tenue o soberbia hace que varíe nuestra identidad. La identidad no puede ser sin la invariabilidad continua, es decir, debe reconocerse como el mismo durante su propia existencia sin sufrir temporalmente la más mínima distorsión o interrupción en su cuerpo y sensaciones, y nadie puede lograr sostener una misma sensación o figura. Las continuas repercusiones de los elementos y las percepciones lo contradicen. Y por más que las relaciones de cualidad que unen o entrelazan nuestras ideas en el entendimiento a través de la imaginación se presten para la configuración de la existencia de la identidad de un individuo continuo durante el cambiante tiempo, lo cierto es que estas relaciones también se ven interrumpidas por la variación:

“La identidad depende de las relaciones de ideas, y estas relaciones originan la identidad por medio de la transición fácil que producen. Pero las relaciones y la facilidad de transición pueden disminuir gradualmente y de forma insensible, no tenemos criterio exacto para poder resolver cualquier disputa referente al tiempo en que se adquiere o pierde el derecho al nombre de identidad.”²⁰⁹

Del escepticismo o filosofía académica

Existe, con todo, dos hombres muy distintos, que no redundan, dentro del pensamiento filosófico de David Hume respecto al escepticismo o filosofía académica. Digamos que existe el hombre melancólico del Tratado y el hombre discreto de las Investigaciones. Digo distintos en cuanto a las diferentes sensaciones en que se encontraba su espíritu a la hora de decir sobre el escepticismo, lo cual lo hace separable uno del otro.

Concordemos en que el pensamiento escéptico de Hume no es venático o producto de la desidia, la marginalidad de cara al mundo, los hombres o la

²⁰⁹ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 413

sensibilidad de los sentidos del cuerpo humano; surge, antes bien, de una aguda percepción sensible respecto de la atención prestada a los conceptos de la teoría filosófica o literatura académica.

Los lectores que se han acercado a su literatura intelectual saben que pueden contar con discretos ejemplos analíticos que aplica a los diversos conceptos de la tradición filosófica.

El hombre que compuso el Tratado de la naturaleza humana contaba con 27 años de edad, y no es raro que para su temprana edad se sintiera afligido por las incomprendiones y embates de los letrados hombres de su tiempo que lo rebasaban en edad y vieron en él una especie de librepensador que amenazaba la comprensión inteligible de las costumbres de su época, omitiendo o desconociendo que la imaginación de su entendimiento propio se refería al consiente de la humanidad, basando sus apreciaciones en los sensibles principios y relaciones que ofrece la fértil experiencia regidora de la ciencia y la razón humanas. Hume luchaba contra los conceptos y definiciones de la tradición filosófica, los cuales puso en entre dicho según sus propias disquisiciones y que fueron alimentando el ambiente de su melancolía escéptica. Sus mismas capacidades sensibles y mentales son el principal material que deja entrever su melancolía. La Sección VII de la Cuarta Parte del Tratado titulada Conclusión de este libro, es casi que una elegía por el tono lúgubre de su espíritu. Citaré los pasajes que más cooperen con su desesperación. Veamos:

La memoria que guardo de errores y de confusiones pasadas me hace desconfiar del futuro. La mezquina confusión, debilidad y desorden de las facultades que debo emplear en mis investigaciones aumenta mi aprensión. Y la imposibilidad de enmendar o corregir estas facultades me reduce casi a la desesperación...Esta repentina visión del peligro me llena de melancolía...En primer lugar, me siento asustado y

confundido por la desamparada soledad en que me encuentro con mi filosofía; me figuro ser algún extraño monstruo salvaje que, incapaz de mezclarse con los demás y unirse a la sociedad, ha sido expulsado de todo contacto con los hombres, y dejado en absoluto abandono y desconsuelo...no puedo atreverme a mezclarme entre los hombres con tanta deformidad.²¹⁰

Todo el mundo permanece a distancia, temiendo la tormenta que cae sobre mí por todas partes. Me he expuesto a la enemistad de todos los metafísicos, lógicos, matemáticos y hasta teólogos: ¿podría extrañarme entonces de los insultos que debo recibir? He dicho que desaprobaba sus sistemas: ¿deberé extrañarme entonces de que ellos odien el mío y también a mí persona?...El mundo entero conspira para oponerse a mí y contradecirme...Cada paso que doy lo hago dudando, y cada nueva reflexión me hace temer un error y un absurdo en mi razonamiento.²¹¹

Ese podría ser el consiente Hume melancólico, pero Hume no rebajara una sola línea de su pensamiento al menosprecio propio; al contrario, Hume se muestra sólido en sus reflexiones filosóficas:

Lo único que siento es una intensa inclinación a considerar intensamente los objetos desde la perspectiva en que se me muestran. La experiencia es un principio que me informa de las distintas conjunciones de objetos en el pasado. El hábito es otro principio que me determina a esperar lo mismo para el futuro...La memoria, los

²¹⁰ *Ibíd.* p. 415

²¹¹ *Ibíd.* p. 416

sentidos y el entendimiento están todos ellos, pues, fundados en la imaginación, o vivacidad de nuestras ideas.²¹²

Y nos advierte de igual manera que nada hay más problemático para la razón que “los vuelos de la imaginación”, pero que solo por la intervención de esta propiedad de la imaginación podemos establecer los principios del entendimiento y así evitar que se autodestruya, lo cual es fundamental para no caer en un cabal escepticismo:

“Solo nos salvamos de este escepticismo total en virtud de esa singular, y en apariencia, trivial propiedad de la fantasía por la que penetramos solo a costa de gran dificultad en las consideraciones remotas de las cosas, y somos incapaces de hacerlas seguir de una impresión tan intensa como hacemos con las que son más sencillas y naturales.”²¹³

Para Hume, conservar una actitud serenamente escéptica en los comunes acontecimientos de la vida es tan vital e importante como la información de las sensibles percepciones. El escepticismo es un sano conductor en los asuntos filosóficos, además de denotar un pensamiento que no es fácil convencer con demostraciones persuasivas:

“Tenemos que seguir conservando nuestro escepticismo en medio de todas las incidencias de la vida. Si creemos que el fuego calienta o que el agua refresca esto se debe a que nos cuesta demasiado trabajo pensar de otro modo. Más aún: si somos filósofos, tendremos que serlo

²¹² *Ibíd.* p. 421

²¹³ *Ibíd.* p. 420

únicamente sobre la base de principios escépticos, y por la inclinación que sentimos a emplear nuestra vida de esa forma.”²¹⁴

El melancólico hombre del tratado es algo pasajero, Hume se torna tan natural como cualquier ser humano que tiene comunes sentimientos, deseos, ambiciones, pasiones y consecuentes repercusiones en el trascurso de su vida: “Yo como, juego una partida de chaquetes, charlo y soy feliz con mis amigos...He aquí, pues, que me veo absoluta y necesariamente obligado a vivir, actuar y hablar como las demás personas en los quehaceres cotidianos.”²¹⁵ Pero aun así Hume no desconoce su arraigado gusto por el análisis filosófico y los diferentes inclinaciones del intelecto humano que atañen sobremanera a su integridad: “No puedo dejar de sentir curiosidad por conocer los principios del bien y el mal morales, la naturaleza y fundamento del gobierno y la causa de las distintas pasiones e inclinaciones que actúan sobre mí y me gobiernan.”²¹⁶ Lo cual se manifiesta y recomienda para los interesados en el estudio académico de la filosofía que debe verse libre del rigor de los intereses personales o grupales y tomarla bajo una aptitud mucho más salubre bajo supervisión escéptica:

“La conducta del hombre que estudia filosofía, de esta manera libre de preocupaciones, es más verdaderamente escéptica, que la del que, sintiéndose inclinado hacia ella, se encuentra sin embargo tan doblegado por dudas y escrúpulos que la rechaza por completo. El verdadero escéptico desconfiara lo mismo de sus dudas filosóficas que de sus convicciones, y no rechazará nunca por razón de ninguna de ellas cualquier satisfacción inocente que se le ofrezca.”²¹⁷

²¹⁴ *Ibíd.* p. 423

²¹⁵ *Ibíd.* p. 425

²¹⁶ *Ibíd.* p. 426

²¹⁷ *Ibíd.* pp. 426-427

El escéptico del Tratado no es ningún dogmático, antes que nada, es un hombre que conserva una postura elementalmente académica en los asuntos filosóficos, es decir, despreocupada de emancipación, y serena en los asuntos cotidianos de la propia existencia.

El discreto escéptico de las Investigaciones es un prudente o moderado hombre que subdivide la literalidad del pensamiento escéptico. Sus teorías al respecto se diferencian por el carácter o actitud de quien las emplea o representa.

De nuevo los sentidos son los principales cuestionados, y como la duda cartesiana que busca un principio original e infalible incapaz de error o contradicción, y las facultades y sentidos del cuerpo humano se hallan redondos de problemas e inconvenientes que engañan nuestros razonamientos, lo cierto es que a pesar de que existiera tan incuestionable principio, no podemos prescindir del cuerpo humano: “no podríamos avanzar un solo paso más allá de él sin recurrir a aquellas mismas facultades de las que presuntamente desconfiamos.”²¹⁸

Para Hume no es grato el modo de pensar en un conflicto entre la intuición natural y la razón porque tal vez no contiene evidencia racional que convenza, como tampoco creer que las cualidades que distinguen a los cuerpos sean solo mentales: “Al despojar a la materia de todas sus cualidades inteligibles, de alguna manera se le aniquila y permanece tan solo un algo desconocido e inexplicable de todas nuestras percepciones; noción esta tan imperfecta que ningún escéptico se tomaría el trabajo de refutar .”²¹⁹

El modo de operar de los escépticos siempre ha causado conmoción. Con la razón pretenden destruir lo razonado, pero su fuerza se encuentra precisamente en el modo de llevar a cabo sus intenciones: “Se esfuerzan por hallar objeciones en

²¹⁸ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 192

²¹⁹ *Ibíd.* p. 199

contra de los razonamientos abstractos así como de aquellos que concierne a cuestiones de hecho.”²²⁰

Para Hume es importante hacer notar que existen dos tipos de escepticismos: el escepticismo pirrónico y el escepticismo mitigado. En el examen que se hace de ambos prevalece el de la filosofía académica por sus elementales principios, beneficios y sociabilidad dentro del comportamiento humano.

Dice Hume:

“Comenzar con principios claros y en sí mismos evidentes, avanzar con pasos temerosos y seguros, revisar a menudo nuestras conclusiones y examinar con precisión todas sus consecuencias, son los únicos métodos a través de los cuales podemos esperar alcanzar obtener algún día la verdad y obtener una estabilidad y certeza apropiadas en nuestras determinaciones, aun cuando por tales medios hagamos progresos a la vez lentos y limitados en nuestros sistemas.”²²¹

El método que emplea Hume en su pensamiento filosófico es efectivamente el relacionado con el escepticismo moderado. El escéptico pirrónico es casi que un obseso con la aniquilación de todo postulado filosófico y descrea por entero de las facultadas y sentimiento humanos: “Los grandes enemigos del pirronismo o de los excesivos principios del escepticismo son la acción, el empleo y las ocupaciones de la vida cotidiana.” ²²² De esa manera tan acuciante de pensar del pirrónico, no es de extrañar que sus dictámenes filosóficos puedan ser aprobados por “una influencia constante en la mente, o si lo espera, que su influencia sea benéfica para la sociedad.” ²²³

²²⁰ *Ibíd.* p. 199

²²¹ *Ibíd.* p. 192

²²² *Ibíd.* p. 203

²²³ *Ibíd.* pp. 204-205

Lo contrario ocurre con el escepticismo mitigado o filosofía académica cuyas investigaciones están dirigidas a “aquellos temas que mejor se adaptan a la estrecha capacidad del entendimiento humano”²²⁴, pues indudablemente para el que ocupa su mente con los especializados pensamientos filosóficos hallará que no son más que “reflexiones sistematizadas y corregidas acerca de la vida cotidiana.”²²⁵

Si hay algo que considera el escéptico moderado en la formación de sus propias especulaciones es la intervención del cuerpo humano en las observaciones que pueda conjeturar a través de las sensaciones que brindan una acorde seguridad al desarrollo del entendimiento de las mismas investigaciones. El escéptico da por hecho y acepta las falencias en que pueda incurrir, pero igualmente especifica con toda serenidad que puede tratarse de los mismos suministros que le otorga el organismo humano los cuales no pretende mejorar, más bien, aprovechar: “Mientras consideren la imperfección de las facultades que emplean, su limitado alcance y la inexactitud de sus opresiones, nunca sentirán la tentación de ir más allá de la vida cotidiana.”²²⁶

De cualquier forma, lo que Hume ha querido decir con referencia a la filosofía escéptica es que sus investigaciones deben verse acompañada por una base firme cuyos principios no sean fácilmente vulnerables y se ajusten a las verdaderas capacidades humanas según el cuerpo orgánico, y así contribuir con planteamientos responsables y justos con el beneficio general. Los dos Hume escépticos, el del Tratado y el de las Investigaciones, se encuentran en una básica preocupación: la de cooperar discretamente con el conocimiento de la especie humana según los parámetros de las facultades de la mente y el cuerpo sensible:

²²⁴ *Ibíd.* p. 207

²²⁵ *Ibíd.*

²²⁶ *Ibíd.* pp. 207-208

“Por mi parte, lo único que espero es poder contribuir un poco al avance del conocimiento, dando en algunos puntos un giro diferente a las especulaciones de los filósofos, y señalándoles con mayor precisión aquellos únicos asuntos en que pueden esperar conseguir seguridad y convicción. La naturaleza humana es la única ciencia del hombre; y sin embargo, ha sido hasta ahora la más olvidada.”²²⁷

“En todo respecto, los estrechos límites a que se circunscriben nuestras investigaciones son tan razonables que bastan para recomendarlos un somero examen de las facultades naturales de la mente humana y compararlas con sus objetos. Hallaremos entonces cuales son los temas propios de la ciencia y la investigación.”²²⁸

²²⁷ HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Editorial nacional, Madrid, 1981. p. 426

²²⁸ HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998. p. 208

CAPITULO V

CONCLUSIÓN

El cuerpo humano sensible o el cuerpo orgánico sensible es naturalmente el instrumento responsable de engranar el método del discurrir filosófico de David Hume.

Las percepciones son el medio y el modo por el cual sensiblemente nos enteramos del mundo.

Impresiones e ideas son las dos clases de sensaciones que diferencia la percepción y se distinguen por la fuerza o vivacidad con que inciden. Esa incidencia es meramente corporal y repercute sobre la sensibilidad del mismo, de esta impresión simple nos formamos en la mente una correspondiente idea simple. La sensación primera es indispensable para el reconocimiento de la idea. De ahí que no podamos recurrir a ideas etéreas. De la percepción de la impresión depende enteramente la concepción de la percepción de la idea. Un pensamiento es una idea que nos formamos en la mente de alguna cosa relacionada. La sensación es anterior a la idea y al pensamiento de la idea. Todo pensamiento es una sensación previa. De esta simple actividad notoriamente sensible se desprende el visible método de la filosofía de Hume. Las percepciones engranan y mueven el aparato ontológico de su sistema. Sencillamente las percepciones de la mente no son sin los órganos sensibles del cuerpo humano. Impresiones de sensación y de reflexión, las facultades de la memoria y la imaginación, la conexión de ideas, las relaciones filosóficas, la idea de sustancia y las ideas abstractas, todas ellas tienen su vertiente en las percepciones de los sentidos orgánicos. La sensibilidad del cuerpo humano a este respecto es diligente y nos informa de la existencia de las cosas. De igual forma las posibilidades de

conocimiento que nos otorgan los sentidos del cuerpo humano son suficientes para la manifestación de la experiencia, y aunque dudemos verbalmente de ellos son los grandes orientadores de la dinámica terrestre. Solo en abstracto pensamos en cosas como la sustancia, o las cosas de conformación compleja, pero las percepciones son simples y solo las asociamos o reunimos para demostrar el objeto compuesto. Los sentidos nos representan las imágenes de las cosas sencillas y solo por una operación del entendimiento las dividimos o descomponemos en partes. De ahí que para Hume el espacio y el tiempo sean representaciones completamente sensibles y corresponden a los órganos de la vista y el tacto. La divisibilidad en infinito es imposible e impracticable para los sentidos y por ende para la mente. Los sentidos y la mente guardan límites debidamente naturales. Percibimos los objetos o extensiones, y percibimos la sucesión de las percepciones sobre los objetos. La parte de las cosas es análoga a las partes de duración. Espacio y tiempo son sucesiones de las percepciones de los objetos. Tal vez vemos un punto coloreado o tal vez palpamos un punto, las percepciones solo le dicen a la mente lo que sienten, y los órganos y facultades solo alcanzan a percibir hasta cierto punto de materia indivisible. De igual modo la comprensión de la causalidad se entiende por la incidencia de los objetos sobre las sensaciones. La memoria es la facultad por la cual guardamos o tenemos experiencia de las cosas que existen o suceden. La memoria y la conjunción constante de dos objetos, cualesquiera que sean, conforman la experiencia. La sensación al respecto es producto de la causa y el efecto, debida a la costumbre de la percepción de ese particular suceso que se adhiere a la mente; lo cual es posible gracias a la creencia que ejerce sobre la mente esa particular actividad sensible. La causa y el efecto es el hecho de la creencia sensible de la costumbre por el cual advertimos dicha relación filosófica.

A mi parecer, esto es lo más relevante en la filosofía de David Hume:

Las percepciones de la mente son lo único que concierne a la actividad del cuerpo humano sensible. Las percepciones son de cualidades. Las percepciones de la mente son primero sensaciones del cuerpo. El cuerpo sensible es afectado por las impresiones y las correspondientes ideas. No hay percepciones de ideas sin la percepción de la impresión. Las percepciones son diferentes, distintas y separables. Las percepciones son elementales, sucesivas, momentáneas, inquietas, desaparecen y vuelven, se sienten, se anulan recíprocamente, son variables, frías, efímeras.

Las cualidades que asocian o conectan las ideas, como lo sean la sucesión, la contigüidad en tiempo y lugar, y la causalidad son las únicas cualidades conformes al entendimiento y la imaginación que organizan de algún modo las ideas.

El tiempo y el espacio son definidos por los objetos o partes indivisibles cuyas percepciones sucesivas hacen posible que los sintamos. No son entidades ni necesarias ni ajenas para la existencia de las cosas. El espacio y el tiempo se perciben porque afectan la sensibilidad.

El conocimiento que tenemos de la existencia de las cosas se otorga por la sensibilidad de las percepciones de los objetos que inciden sobre la mente. La memoria de los acontecimientos es la experiencia. La memoria es la facultad en la cual se basa la experiencia. Las sensaciones son la memoria. La experiencia no se subvierte a los sentidos. La causalidad es la creencia o el modo en que sentimos la reiteración constante de un suceso en particular que deviene de la costumbre.

La salud es una propiedad del cuerpo y una cualidad vital de la filosofía de Hume. El yo o individuo no es ninguna sustancia. La sustancia no es ninguna impresión. No tenemos idea de sustancia solo de una colección de cualidades diversas y

separables. El yo son cualidades del cuerpo variable. El cuerpo varía sus sentimientos. El escepticismo moderado predice las sensaciones de un pensamiento acto para la investigación filosófica.

Tal vez, eso es lo que pude descubrir en la filosofía de Hume, pero otras son las sensaciones que conmovieron mi propio pensamiento. Aunque su filosofía no sea disconforme en cuanto contenido y legibilidad, su agudo pensamiento parece un encomio al cuerpo humano sensible.

Hume vertió todo su interés en la dinámica de las sensaciones. Las sensaciones provocadas por los objetos externos y las sensaciones que conmueven el espíritu. Las percepciones al respecto dispusieron su filosofía.

En su método interviene el cuerpo humano sensible, pues, son las sensaciones el natural conductor de la experiencia de la que deriva el conocimiento. Pero fuera de utilizar el cuerpo humano sensible para dar forma a su filosofía, el cuerpo sensible primigenio sabe muy bien cómo hacer las cosas independiente de cualesquiera argumentos filosóficos.

El cuerpo sabe crecer, saber sentir, sabe recordar, sabe imaginar. El cuerpo sabe lidiar con los elementos. Sabe distinguir por las sensaciones, el árbol de la piedra, el fuego del agua, la tierra del aire. ¿Cómo si no por el cuerpo sensible sabemos de las propiedades de los cuerpos elementales? El cuerpo, sin ningún auxilio de la conciencia sabe dormir, sabe llevarse el alimento a la boca, sabe cruzar cercas, sabe estirar sus músculos, el cuerpo, sin ningún atenuante teórico sabe comportarse, sabe matar, sabe suicidarse, sabe tolerar la vida de modo práctico, el cuerpo percibe sensiblemente la vida.

BIBLIOGRAFÍA

HUME, David. Tratado de la naturaleza Humana. Traducción Félix Duque. Editorial nacional, Madrid, 1981.

HUME, David. Investigación sobre el entendimiento humano. Traducción de Magdalena Holguín. Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1998.